

Textos sobre Cachemira

Una publicación conjunta de Mehnatkash Tehreek (Pakistán) y Mazdoor Inquilab (India) que presenta una recopilación de artículos sobre la lucha por la independencia de Cachemira en India y Pakistán.

Índice –

- 1) Declaración sobre Cachemira 1 a 6
- 2) Protesta por el asesinato de Sardar Arif Shahid 6 a 13
- 3) Cachemira tras la 370 – Sangre por litio 13 a 22
- 4) En defensa de la movilización masiva en Cachemira 23 a 27
- 5) Declaración conjunta sobre el ataque terrorista en Cachemira 27 a 31
- 6) Cachemira y la amenaza de una guerra mundial 31 a 42
- 7) La resistencia masiva de primavera en Cachemira págs. 43 a 50
- 8) Tras la detención: El levantamiento del 5 de julio págs. 51 a 61

Declaración sobre la lucha de Cachemira:

Manifestantes en Srinagar lanzando piedras contra las fuerzas policiales paramilitares

[El siguiente artículo fue escrito en 2011 durante un período de intensa lucha en Cachemira ocupada por la India, tras el caso del doble homicidio de Shopian. Al momento de redactar este artículo, la Cachemira india era testigo de una represión creciente por parte de los paramilitares indios de la BSF y las fuerzas armadas.]

Los acontecimientos recientes en Cachemira, particularmente en los últimos 4 a 5 años, han vuelto a poner en primer plano la cuestión de Cachemira y la han planteado con mayor intensidad que nunca. A partir de las protestas en torno al caso del doble homicidio de Shopian y las históricas huelgas de las empresas estatales de transporte —que contaron con el apoyo de cientos de miles de trabajadores—, estamos presenciando una tensión creciente en el valle a medida que las masas avanzan cada vez más hacia la autodeterminación. Frente a este avance se encuentra la creciente represión de la disidencia por parte del Estado indio. En los últimos seis meses, más de un centenar de jóvenes cachemires han sido víctimas de disparos indiscriminados por parte de las fuerzas de seguridad estacionadas en el valle. Estos actos se cometieron con la intención de frenar las protestas pacíficas en el valle contra la ocupación india. A la luz de estos acontecimientos, expresamos nuestro apoyo incondicional al pueblo cachemir en su lucha por la autodeterminación.

¡Por la autodeterminación de Cachemira! :

La ocupación de Cachemira ha sido brutal, traicionera e injusta. Las aspiraciones democráticas del pueblo de Cachemira han sido negadas continuamente, una y otra vez, por la clase dominante india. Las aspiraciones democráticas del pueblo cachemir, que comenzaron en forma de movimientos prodemocráticos enfrentados a la monarquía represiva y reaccionaria de Cachemira, han resurgido hoy contra un régimen igualmente opresivo a manos de la India. En 1948, tras la primera guerra entre la India y Pakistán, se acordó, por mandato de la ONU, que se permitiría a los cachemires celebrar un plebiscito para decidir, de manera democrática, su adhesión a la India o a Pakistán. A pesar de las repetidas promesas falsas de Nehru de celebrar dicho plebiscito, la adhesión de Cachemira a la India, impulsada por el maharajá, fue aceptada como el instrumento válido de adhesión sin tener en cuenta las aspiraciones del propio pueblo cachemir.

Las elecciones farsas se convirtieron en la norma en Cachemira, en las que el gobierno central llevaba a cabo elecciones amañadas y «hechas a la medida» para mantener en el poder en el estado a supreciado representante, la Conferencia Nacional (NC), y a través de ella ejercer su propia influencia. En repetidas ocasiones, la Conferencia Nacional demostró ser un instrumento de las clases dominantes indias al servicio de las necesidades de la ocupación de Cachemira. La cuestión del plebiscito sigue pendiente, conservando su validez, ya que la autodeterminación de Cachemira sigue sin resolverse. Sin embargo, con el paso del tiempo, la demanda original de un plebiscito ha perdido parte de su relevancia debido a los cambios tanto a nivel nacional como internacional. Para que se cumplan las aspiraciones del pueblo cachemir hacia la autodeterminación, es imperativo que se celebre un plebiscito para decidir si el pueblo cachemir desea la secesión o no. Sin embargo, para ello se debe diseñar un nuevo marco para el plebiscito que tome en cuenta las renovadas aspiraciones del pueblo cachemir, las cuales van más allá de la adhesión a la India o a Pakistán.

¡Fuera las tropas! :

La presencia de las tropas de ocupación en Cachemira es el pilar principal sobre el que el Estado indio establece su control sobre la región. Las consecuencias de la ocupación continua las sufre a diario el pueblo cachemir, quien es objeto de acoso y abusos repetidos a manos de las fuerzas de ocupación indias. El terror, los asesinatos y la tortura se han convertido en algo cotidiano para el pueblo cachemir. El número de muertos a causa de la ocupación ya ha alcanzado alrededor de 100 000 en los últimos 20 años, sumándose miles más si se consideran los años previos a la insurgencia. Las desapariciones forzadas, las violaciones y la tortura son algunos de los muchos

métodos utilizados por las fuerzas de seguridad en la región para mantener su control en Cachemira.

A la luz de lo anterior, es imperativo que se produzca una retirada total de las tropas de Cachemira, así como la abolición de leyes autoritarias como la AFSPA, que protegen a las tropas de cualquier acción legal tras cometer abusos contra los derechos humanos. Además, exigimos que el asunto estratégicamente vital de la defensa y la seguridad quede bajo la prerrogativa del propio pueblo cachemir y no en manos del Estado indio para que decida por ellos. Asimismo, exigimos que todas aquellas personas que hayan sido víctimas de los excesos de las fuerzas de seguridad reciban una indemnización adecuada y que se celebre un juicio contra los responsables de perpetrar tales crímenes de lesa humanidad.

¡Abajo el títere de la India! :

Desde el inicio de la ocupación de Cachemira, la burguesía cachemir y su principal formación política, la Conferencia Nacional, han desempeñado el papel más traicionero en la región, allanando el camino para la ocupación india continuada de Cachemira y favoreciendo el silencio ante las violaciones indiscriminadas de los derechos humanos perpetradas por las fuerzas de seguridad apostadas allí. La Conferencia Nacional existe en Cachemira únicamente por orden de sus líderes supremos, con sede en Delhi bajo el Congreso Nacional Indio y su liderazgo bonapartista. Su función principal no está orientada hacia las masas de campesinos, trabajadores y pequeña burguesía de Cachemira, sino hacia los intereses de la burguesía india, que dicta sus políticas a través de su principal instrumento político, el Congreso, y del poder legislativo con sede en Delhi. La Conferencia Nacional es, en esencia, el principal enemigo del pueblo cachemir dentro de Cachemira.

¡Abol ¡Abajo el Tratado del Agua del Indo! ¡Por un nuevo acuerdo de distribución del agua!

Durante el «Gran Juego» entre Rusia e Inglaterra por el control de Asia, se impusieron a China una serie de tratados desiguales que entregaron el control efectivo de enormes regiones de China a manos rusas o británicas. El Tratado del Agua del Indo es similar a esos tratados desiguales de la historia, ya que otorga a la burguesía india el control efectivo sobre las aguas que desembocan en la cuenca del río Punjab y sobre las aguas de Cachemira, lo que afecta tanto a Cachemira como a Pakistán. El efecto neto del tratado es la fuga de riqueza de Cachemira hacia la India y una restricción deliberada del potencial de desarrollo de infraestructura de Cachemira.

¡Exigimos que se inicien negociaciones con el Estado indio para abolir este tratado desigual y que se redacte un nuevo tratado de distribución del agua que tome en cuenta las necesidades del pueblo cachemir y, por extensión, satisfaga

las necesidades de toda la población de la cuenca del Punjab! La independencia de Cachemira abriría un camino completamente nuevo para la formación de un tratado justo de distribución del agua que atendería las necesidades tanto del pueblo cachemir como al pueblo pakistaní, anulando así los efectos negativos del tratado y facilitando el riego de toda la cuenca, el control de las inundaciones y la reparación de cualquier daño que estas causen.

¡Por una Asamblea Constituyente independiente! :

La exigencia de una Asamblea Constituyente es una demanda fundamental para cualquier nación oprimida que luche por su independencia. En el marco legal actual, la existencia de la Asamblea Nacional de Cachemira se ve esencialmente limitada por innumerables obligaciones legales impuestas por el Estado indio. Si a esta complejidad jurídica el dominio político que ejerce el Partido del Congreso en Cachemira a través de sus aliados, la Conferencia Nacional, la independencia del órgano legislativo queda reducida a una mera farsa. Esto no puede constituir en modo alguno una realización válida de las aspiraciones democráticas del pueblo cachemir, y es imperativo que la Asamblea Constituyente se libere de sus restricciones para legislar en todos los asuntos relacionados con Cachemira. La actual Asamblea Legislativa, creada con el consentimiento de la clase dominante india, nunca actuaría en interés del pueblo cachemir y, tal como está, seguiría sometida a las restricciones impuestas por el organismo matriz en la India. Por lo tanto, exigimos la formación de una nueva Asamblea Constituyente integrada por los campesinos y trabajadores de Cachemira, que trabaje ante todo para garantizar la autodeterminación del pueblo cachemir y la independencia de la India. A partir de ahí, se avanzará hacia la expropiación total de todas las grandes propiedades terratenientes y los patrimonios de las grandes familias burguesas cachemiras, así como de las grandes propiedades de propiedad india, sin compensación, y hacia la nacionalización de los recursos. Si bien la asamblea constituyente puede ser un instrumento para alcanzar la independencia, para garantizar la libertad es imperativo que el pueblo cachemir tenga control sobre la sangre vital de Cachemira: ¡sus recursos!

¡Por una Cachemira unida!

La creación de una república cachemir independiente y unida sería entonces libre de decidir sus relaciones con las naciones limítrofes como mejor le parezca. ¡El lema de «Azaadi» debe, por lo tanto, significar la independencia tanto de la India como de Pakistán y China! Al mismo tiempo, hacemos un llamado al pueblo cachemir para que no se haga falsas ilusiones sobre las vagas promesas del imperialismo occidental. Cualquier promesa de apoyo por parte de las potencias occidentales es necesariamente contradictoria e hipócrita y debe ser vista con recelo. El hecho de que Obama haya instado a la

India a «resolver» la cuestión de Cachemira fue suficiente para demostrar que solo les interesa mantener el statu quo de la ocupación. Al Estado indio le encantaría llevar a cabo tal división comunal, ya que debilita y aísla la lucha cachemir, reduciéndola a una disputa comunal entre un sector de la sociedad cachemir y otro. Para que la lucha por la autodeterminación tenga éxito, es imperativo que se lleve a cabo como una lucha unida que abarque a todos y cada uno de los sectores de la sociedad cachemir y supere las impuestas por la ocupación.

Si bien la demanda inmediata más importante para el pueblo cachemir es la independencia de la ocupación india, dicha libertad solo estaría parcialmente ganada sin la liberación del capitalismo en su conjunto. Por lo tanto, la lucha cachemir debe avanzar sin interrupción de una lucha democrática a una lucha socialista. ¡Con el objetivo final de una Cachemira socialista! Unidos permanecemos, divididos caemos. Este es el principio para que cualquier movimiento tenga éxito y para que cualquier nación prospere. La cuestión de la autodeterminación de Cachemira no es una decisión exclusiva del pueblo del sur de Cachemira bajo ocupación india, sino de toda Cachemira y de todo el pueblo cachemir, incluyendo a aquellos del norte de Cachemira (bajo ocupación pakistaní), así como de Ladakh (bajo ocupación conjunta de China e India). Para la nueva Cachemira que surgiría del movimiento de liberación, la división a lo largo de líneas comunales significaría la muerte y una nueva ocupación. De hecho, si la nueva Cachemira se dividiera comunalmente entre hindúes (sur), musulmanes (norte y centro) y budistas (este), se abriría la posibilidad de una reocupación de Cachemira por parte de la India, Pakistán y China. Los sacrificios del pueblo cachemir se habrían echado a perder, al sustituir a un opresor por otro. Además, avivar el odio comunal en los corazones y las mentes del pueblo cachemir solo agrava la división de una sociedad ya de por sí dividida.

=====

====

Protestas por el asesinato de Sardar Arif Shahid

(El siguiente artículo fue escrito en 2013 por Mehnatkash Tehreek, de Pakistán, tras el asesinato de Sardar Arif Shahid, un destacado nacionalista cachemir. La muerte de Arif Shahid desencadenó la primera ola de protestas a gran escala en la Cachemira administrada por Pakistán.)

Los manifestantes sospechan que el Sr. Shahid fue asesinado por los servicios de inteligencia de Pakistán

Los manifestantes han salido a las calles en diversas partes de Pakistán y de la Cachemira administrada por Pakistán, indignados por el asesinato de un líder cachemir independentista.

Sardar Arif Shahid fue asesinado a tiros por hombres no identificados cerca de su casa en Rawalpindi el 13 de mayo de 2013 (la noche del lunes). El Sr. Shahid lideraba la Alianza Nacional de Todos los Partidos (APNA), que aboga por la independencia tanto de la India como de Pakistán, además de ser presidente de la Conferencia de Liberación Nacional (NLC). Ambos países reclaman la región, que está dividida entre ellos por una línea de alto el fuego conocida como la Línea de Control. También se llevaron a cabo manifestaciones en otras ciudades y pueblos de

la Cachemira ocupada por Pakistán. Los manifestantes portaban pancartas con consignas contra el ejército pakistaní y el servicio de inteligencia ISI, a quienes culparon por el asesinato.

«Un charco de sangre»

Sardar Arif Shahid fue trasladado a un hospital militar, donde se certificó su fallecimiento. El Sr. Shahid era un crítico abierto del papel de Pakistán en el envío de militantes para librar una «guerra por poder» contra la India en la Cachemira administrada por la India. También criticaba la política de Pakistán de tratar a Cachemira como su «colonia».

Sardar Arif Shahid era un crítico abierto de la política de Pakistán respecto a Cachemira

El gobierno pakistaní le prohibió viajar al extranjero en 2009 y, posteriormente, le confiscó su pasaporte y otros documentos de identificación. El Ministerio del Interior informó a un tribunal en diciembre de 2012 que sus documentos habían sido confiscados debido a sus «actividades contra el Estado y por recomendación del director general del servicio de inteligencia ISI». Hace tres meses, la policía de Rawalpindi abrió una causa en su contra por publicar una revista mensual que, según se alega, contenía material contra Pakistán.

El Sr. Shahid fue «víctima de un asesinato selectivo perpetrado por algunos actores estatales».

Una mirada a la Línea de Control

Los dos países libraron guerras por Cachemira en 1947-48, 1965 y 1984. Formalizaron la línea de alto el fuego actualmente vigente como la Línea de Control en el Acuerdo de Simla, pero esto no impidió nuevos enfrentamientos en 1999 en Kargill, que se encuentra más allá de la Línea de Control. India y Pakistán estuvieron a punto de entrar en guerra nuevamente en 2002.

La situación se complicó aún más por una insurgencia liderada por islamistas que estalló en 1989. La India otorgó al ejército autoridad adicional para poner fin a la insurgencia en virtud de la controvertida Ley de Poderes Especiales de las Fuerzas Armadas (AFSPA). A pesar de las revisiones ocasionales de la

AFSPA, esta sigue vigente en Jammu y Cachemira, administrados por la India. Durante el período de la «Operación Brasstracks», en la que la India inició una acción militar contra los insurgentes, también se abolió la autonomía limitada de Cachemira ocupada por la India, prevista en el artículo 370 de la Constitución.

En el verano de 2010, más de 20 años después de que se impusiera la AFSPA en Jammu y Cachemira, estallaron protestas públicas a favor de la independencia, y los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad indias dejaron más de 100 muertos. Si se toma en cuenta el hecho de que tanto la India como Pakistán cuentan con un gran arsenal nuclear, lo que está en juego parece ser muy importante.

Se produjo una mejora en las relaciones después de 2002, cuando se reabrieron algunas comunicaciones por carretera y ferroviarias hacia Pakistán, pero esto terminó abruptamente con los ataques terroristas de 2008 en Mumbai. La India culpó a los islamistas paquistaníes y cachemires, en particular al grupo Lashkar-e-Toiba, por los ataques.

Durante dos años, el diálogo entre ambos países quedó estancado hasta que las conversaciones se reanudaron en 2010, y las relaciones comenzaron a mejorar lentamente de nuevo.

Para 2012, con la India prometiendo una amnistía a quienes participaron en las protestas violentas de 2010 y Pakistán retirando gradualmente el apoyo financiero a los insurgentes que luchaban contra el dominio indio en el valle de Cachemira, muchos exmilitantes se habían convencido de la futilidad de la lucha armada contra las autoridades indias.

División

La población de la Cachemira histórica se divide en unos 10 millones de personas en

Jammu y Cachemira, administrados por la India, y 4,5 millones en Azad Cachemira, gobernado por Pakistán. Hay además 1,8 millones de personas en el territorio autónomo de Gilgit-Baltistán, que Pakistán creó a partir del norte de Cachemira y de los dos pequeños estados principescos de Hunza y Nagar en 1970.

El gobierno del estado indio de Jammu y Cachemira ha estado a menudo a cargo de la Conferencia Nacional, un partido proindio liderado por la dinastía política de los Abdullah. Pakistán administra Azad Jammu y Cachemira como un estado autónomo, en el que la Conferencia Musulmana, el PPP y la PML(N) de Nawaz Sharif desempeñan un papel destacado.

La Conferencia Nacional pasó de una postura pro independencia en la década de 1950 a aceptar el estatus de estado de la Unión dentro de la India, aunque

con mayor autonomía que otros estados. El recién formado gobierno de la Conferencia Nacional en Cachemira tuvo que lidiar, a la larga, con un Estado indio intransigente que a menudo recurría a la manipulación de las elecciones para limitar la autonomía del estado de Cachemira.

Jammu y Cachemira presenta una gran diversidad religiosa y cultural. Está compuesto por el valle de Cachemira, densamente poblado y de mayoría abrumadora musulmana; el distrito de Jammu, mayoritariamente hindú; y Ladakh, que cuenta con un número casi igual de budistas y musulmanes chiítas. Esta región está dividida a su vez entre la India y China, y esta última ocupa una vasta porción de Aksai Chin como resultado de la guerra de 1962 con la India.

Los hindúes de Jammu y los ladakhis respaldan a la India en la disputa, aunque existe una campaña en el distrito de Leh, en Ladakh, para que se convierta en un territorio de la Unión independiente a fin de reflejar su identidad predominantemente budista. La India otorgó a los dos distritos de Ladakh cierta autonomía adicional dentro de Jammu y Cachemira en 1995.

La economía de Cachemira es predominantemente agraria. El importante sector turístico de la Cachemira administrada por la India se vio gravemente afectado por la insurgencia posterior a 1989, pero recientemente se ha recuperado y en 2011 se registró una cifra récord de 1,1 millones de turistas, principalmente procedentes de la propia India. No obstante, debido al retraso en la industrialización, sigue habiendo un número muy elevado de jóvenes desempleados, quienes constituyen hoy en día el baluarte del descontento en Cachemira.

Actualmente, las clases dirigentes de la India y Pakistán aspiran a fortalecer el proceso de paz mediante la introducción de diversas medidas comerciales y de tránsito. El papel de mediador de Estados Unidos en las relaciones entre la India y Pakistán ha cobrado nueva importancia tras la entrada de la India en Afganistán como inversionista principal y la preocupación de Estados Unidos por la cooperación de Pakistán en su guerra en Afganistán. Esta intervención solo ha servido para complicar la situación en Cachemira y darle una dimensión internacional.

Nuestra postura política

Condenamos el asesinato del líder liberal y proindependencia y nos involucramos plenamente en la organización de protestas en todas las regiones de Pakistán y de la Cachemira ocupada por Pakistán, con nuestro programa de que una Federación Socialista de Cachemira y, posteriormente, de Asia del Sur, es la solución para la liberación y la independencia.

Lemas y demandas transitorias

o El Estado capitalista es el arma en manos de la burguesía que esta utiliza contra los luchadores por la libertad, los activistas de derechos humanos y los izquierdistas.

o Condenamos el brutal asesinato de Arif Shahid y coreamos el lema: «¡Fuera las fuerzas de Pakistán y de la India!».

o Detengan el asesinato de cachemires, baluchis y personas desfavorecidas en todo el mundo

o Hacemos un llamado a todos los sindicatos, organizaciones juveniles, activistas de derechos humanos y comerciantes para que se sumen a estas protestas.

o Hacemos un llamado a todos los liberales y izquierdistas proindependencia, tanto nacionales como internacionales, para que condenen este asesinato,

Esto es aún más cierto en el caso del derecho internacional burgués y del carácter de las llamadas Naciones Unidas. Es un símbolo de hipocresía legalista y diplomática. Lenin llamó una vez a la Sociedad de Naciones una «cocina de ladrones». Las Naciones Unidas, en todo caso, son el mayor engañador de todos.

Cachemira es el conflicto no resuelto más antiguo en la agenda de las Naciones Unidas. Sigue sin resolverse. Muchas disputas posteriores presentadas ante las Naciones Unidas tampoco se han resuelto. Se han aprobado doscientas dieciocho resoluciones contra las atrocidades y la ocupación de territorio palestino por parte del Estado de Israel. Ni una sola de estas resoluciones se ha implementado.

La reciente invasión imperialista de Irak es un ejemplo flagrante de la impotencia de la ONU. El problema es que la mayoría de los conflictos en todo el mundo no pueden resolverse sobre una base capitalista. Por lo tanto, como una desviación o una táctica dilatoria, estos líderes políticamente decadentes los remiten a la ONU. Tal es el caso de Cachemira. Las Naciones Unidas están financiadas por Estados imperialistas y burgueses reaccionarios. ¿Cómo se atreverían a enfrentarse a ellos o a imponer alguna decisión en contra de sus intereses creados? La ONU no es más que el club de chismes de los gobernantes de regímenes opresores que gobiernan mediante un sistema explotador. La ONU fue en el pasado un compromiso podrido entre el imperialismo y el estalinismo; ahora es un instrumento para justificar y legalizar la agresión económica y militar del imperialismo, especialmente la de Estados Unidos. Tanto la India como Pakistán contribuyen enormemente a los programas militares de la ONU y la India, en particular, tiene un papel de control en la campaña en el Congo, además de ser uno de los 10 principales financiadores de la ONU.

La liberación de Cachemira no vendrá de las resoluciones de la ONU ni de la caridad de los amos imperialistas. Vendrá a través de la lucha revolucionaria de las masas cachemiras, quienes la han llevado a cabo con tanto coraje y valentía durante tanto tiempo. Con todos estos sacrificios, cuentan con un enorme tesoro de experiencia en la lucha. De ahí surgirá el camino exacto a seguir para alcanzar su libertad.

La región montañosa de Cachemira ha sido un punto de conflicto entre la India y Pakistán durante más de 60 años. ¿Por qué es objeto de disputa Cachemira?

El territorio de Cachemira era objeto de una acalorada disputa incluso antes de que la India y Pakistán obtuvieran su independencia de Gran Bretaña en agosto de 1947.

Según el plan de partición establecido por la Ley de Independencia de la India de 1947, Cachemira tenía libertad para unirse a la India o a Pakistán.

El maharajá, Hari Singh, quería mantener la independencia, pero finalmente decidió unirse a la India, cediendo poderes clave al gobierno indio a cambio de ayuda militar y la promesa de un referéndum.

Desde entonces, el territorio ha sido el detonante de dos de las tres guerras entre la India y Pakistán: la primera en 1947-1948, la segunda en 1965 y una tercera en 1984, en la que la India tomó el control de Siachen.

En 1999, la India libró un conflicto breve pero encarnizado con fuerzas respaldadas por Pakistán que se habían infiltrado en territorio controlado por la India en la zona de Kargil.

¿Qué tan peligrosa es la disputa por Cachemira?

Aunque en potencial podría ser una de las disputas más peligrosas del mundo —que, en el peor de los casos, podría desencadenar un conflicto nuclear—, el reciente acercamiento en las relaciones entre Delhi e Islamabad ha llevado a una menor tensión en torno a la disputa por Cachemira.

En 1998, tanto la India como Pakistán se declararon potencias nucleares tras una serie de pruebas nucleares.

En 2002 hubo un enorme despliegue de tropas a ambos lados de la frontera, cuando la India reaccionó ante [un ataque armado contra el parlamento nacional en Delhi](#) el diciembre anterior.

La India afirmó que el ataque fue perpetrado por militantes con base en Pakistán, con el apoyo del gobierno pakistaní —una acusación que Pakistán siempre ha negado.

¿Por qué ha habido tanta violencia en la Cachemira administrada por la India?

Aunque en los últimos años [la violencia en la Cachemira administrada por la India ha disminuido](#), las causas de la insurgencia no han desaparecido.

Todavía se realizan manifestaciones con regularidad en el valle de Cachemira

En pocas palabras, muchas personas en el territorio —especialmente en el valle de Cachemira, de mayoría musulmana— no quiere que sea gobernado por la India. Preferirían ser independientes o formar parte de Pakistán.

La población del estado de Jammu y Cachemira, administrado por la India, es en más del 60 % musulmana, lo que lo convierte en el único estado de la India donde los musulmanes son mayoría.

El sentimiento de alienación respecto a Delhi se nota especialmente entre los jóvenes del valle de Cachemira, un problema que se ha agravado por el alto desempleo y lo que muchos consideran tácticas de mano dura por parte de las fuerzas paramilitares indias para sofocar sus protestas.

Aunque hoy en día la insurgencia tal vez no se combata con tanta intensidad como en la década de 1990, la posibilidad de que la violencia resurja — [como ocurrió en 2010](#) — nunca está lejos .

Si bien las manifestaciones violentas y los toques de queda ya no ocurren a diario, este «efecto polvorín» en las calles de Srinagar y otras ciudades de la Cachemira administrada por la India —en el que multitudes enardecidas salen a las calles a menudo sin previo aviso— sigue siendo una característica de la vida cotidiana.

¿Qué está cambiando ahora?

Durante gran parte de la década de los noventa, la militancia separatista y los tiroteos transfronterizos entre los ejércitos de la India y Pakistán dejaron un saldo de decenas de miles de muertos y una población traumatizada por los combates y el miedo.

Jammu y Cachemira es el único estado de la India donde los musulmanes son mayoría. Si bien las relaciones en general se distendieron a partir del año 2000, la tensión resurgió nuevamente con los [ataques de Mumbai \(Bombay\) de noviembre de 2008](#) —en los que hombres armados procedentes de Pakistán mataron a 165 personas.

Pero durante la última década ha habido señales de que las cosas están mejorando:

- En 2003, los dos países acordaron un alto el fuego a lo largo de la Línea de Control

(LoC) que divide la Cachemira administrada por la India y la administrada por Pakistán

- En 2006, Pakistán declaró que había suspendido todo financiamiento para operaciones militantes en

Cachemira, haciendo caso omiso de las protestas de algunos de los grupos más influyentes

- En febrero de 2010, [la India anunció una amnistía para los combatientes de la Cachemira administrada por la India](#), indicando que podrían regresar desde territorio pakistaní
- A principios de 2012, Islamabad redujo a la mitad los fondos administrativos que destina a los grupos que aún mantienen oficinas en la Cachemira administrada por Pakistán
- Al mismo tiempo, ofreció un paquete de rehabilitación en efectivo a los excombatientes para que abandonaran la militancia

Sin embargo, algo que no ha cambiado es la Línea de Control (LoC), que divide Cachemira en una proporción de casi dos a uno: la Cachemira administrada por la India al este y al sur (con una población de unos nueve millones), conocida por la India como el estado de Jammu y Cachemira; y la Cachemira administrada por Pakistán al norte y al oeste (con una población de unos tres millones), a la que Pakistán denomina «Azad» (Libre) Cachemira. China también controla una pequeña porción del norte de Cachemira y la mayor parte de la provincia de Ladakh en Aksai Chin.

¿Hay motivos para esperar que se resuelva el conflicto de Cachemira?

[Desde febrero de 2010, India y Pakistán](#) se han embarcado en una serie de medidas de fomento de la confianza y [han celebrado conversaciones de paz periódicas](#). Ambos países afirman que están ansiosos por poner fin al conflicto sobre el [disputado glaciar de Siachen](#).

El acercamiento en las relaciones entre la India y Pakistán ha coincidido con una disminución de la violencia en Cachemira

El fin de la violencia y la incertidumbre en Cachemira también sería muy bien recibido tanto en la India como en Pakistán, y no solo por quienes están cansados de los combates o quienes lo ven como un obstáculo para el desarrollo económico de la región del sur de Asia.

Sin embargo, una solución diplomática se les ha escapado a ambas partes durante más de 60 años, y aún no hay señales de nuevas propuestas.

Además, ambos gobiernos se enfrentan a poderosos grupos de línea dura dentro de sus propios países que seguirán de cerca las conversaciones para

asegurarse de que no se ofrezcan a la otra parte concesiones que consideren inaceptables.

Lo que queda hoy de la insurgencia está liderado por cuatro grupos principales:

Lashkar-e-Taiba, Hizbul Mujahideen, Harkatul Mujahideen y el Frente de Liberación de Jammu y Cachemira. Se cree que todos ellos están perdiendo influencia.

Los expertos en Cachemira señalan que el nuevo clima en la Cachemira administrada por la India es menos favorable a la insurgencia y más a favor de las libertades civiles y los derechos humanos.

La India afirma que el camino a seguir pasa por las elecciones: Afirma que, en los últimos años, la población del lado indio del territorio ha votado con entusiasmo en las elecciones a la asamblea y a los consejos municipales.

En julio de 2012, el ministro de Relaciones Exteriores, S. M. Krishna, destacó los indicios de un acercamiento entre la India y Pakistán al elogiar a Islamabad por su «nueva mentalidad» hacia la India, que calificó de «franca y sincera».

Pero persisten los problemas y las sospechas. El ejército y las fuerzas paramilitares de la India insisten en que aún hay unos cientos de militantes armados activos.

=====

====

Cachemira tras el artículo 370 – Sangre por litio

Habitantes de Cachemira sosteniendo mineral de litio

(El siguiente artículo fue escrito tras la derogación del Artículo 370 de la Constitución india por parte del gobierno de la India. La enmienda fue seguida por un bloqueo total de Cachemira, una mayor represión y la abolición del estatus de estado de Jammu y Cachemira, junto con su desmembramiento, separando a Ladakh de Jammu y Cachemira.)

Introducción:

El el 5 de agosto de 2019, el gobierno del BJP, liderado por Modi, tomó la medida sin precedentes de derogar el artículo 370 de la Constitución de la India. Este artículo se incorporó tras la anexión de Cachemira a la India y garantizaba un grado de autonomía a Cachemira, reconociendo una soberanía limitada. Esta situación excepcional para Cachemira fue el resultado de las condiciones peculiares bajo las cuales pasó a formar parte de la India. Si bien esta «autonomía» se fue reduciendo a lo largo de las décadas de los 50 y los

60, hasta quedar en letra muerta al final, el BJP pretendía lograr una victoria política simbólica.

Hoy en día, Cachemira no solo ha sido incorporada al mismo nivel que los demás estados, sino que ha sido degradada de estado a territorio de la Unión. En otras palabras, ni siquiera la limitada soberanía federal que se les concede a los estados indios se aplica a Cachemira. Para empeorar las cosas, el estado de Jammu y Cachemira se ha dividido, separándose Ladakh del estado y convirtiéndose en otro territorio de la Unión.

Inmediatamente después de la aprobación de la «Ley de Reorganización de Jammu y Cachemira de 2019», el estado quedó bajo control central directo como territorio de la Unión, y se impuso un bloqueo informativo. Se cortó el acceso a Internet durante meses y se realizaron cientos de detenciones. Según datos oficiales, 4000 activistas fueron detenidos, incluidos dos exministros principales del estado.

Durante casi dos años, Jammu y Cachemira permaneció bajo confinamiento, se prohibieron las comunicaciones y Cachemira quedó efectivamente aislada del mundo exterior. No se permitió el acceso a ningún periodista, se bloqueó Internet y, aun después de que se levantara parcialmente en enero de 2020, solo se permitió el acceso a ciertos sitios incluidos en una lista blanca mediante Internet 2G. Los cortes y los bloqueos convirtieron la vida en un infierno para los habitantes de la región, mientras las autoridades estatales tomaban medidas drásticas contra disidentes, activistas e incluso políticos de la corriente principal. El terror estatal tenía como objetivo suprimir de manera preventiva la disidencia en el estado, por temor a que se produjeran disturbios generalizados tras la aprobación de la ley de reorganización.

La derogación del artículo 370 formó parte de una ofensiva política orquestada por el gobierno del BJP, que aprovechó su nueva posición dominante tras las elecciones generales de 2019. La ley de reorganización de Cachemira se aprobó el 5 de agosto, y tres días después, en la misma sesión del parlamento, también se aprobaron los cuatro nuevos códigos laborales, aunque aún no se han implementado. Desafortunadamente, la derogación del artículo 370 se aprobó y se implementó en su totalidad, y las consecuencias siguen afectando a toda la región.

Hoy, mientras que el gobierno indio ha logrado una paz de cementerio al aterrorizar a la población de la parte ocupada de Cachemira para someterla, el pueblo de la Cachemira ocupada por Pakistán se encuentra en revuelta. No están protestando por la fusión con la India, como algunos medios de comunicación indios podrían hacerte creer, sino por la separación de Pakistán. Se están rebelando contra la explotación de los recursos hidroeléctricos de Cachemira, de la tierra cachemir en beneficio de la élite militarista, y contra la explotación de Cachemira y de población, por sus recursos y tierras.

La historia en ambos lados de Cachemira es fundamentalmente la misma: dos burguesías codiciosas que compiten entre sí por los frutos de un hermoso territorio rico en recursos, que se encuentra estratégicamente situado en el límite de Asia Central y en la encrucijada del Himalaya y la Ruta de la Seda. Por este botín, ambos están dispuestos a sacrificar a tantos trabajadores y campesinos de su país como sea necesario para mantener su control sobre Cachemira, ¡sin importarles un comino la gente!

Antecedentes:

Tras la independencia de la India, los estados principescos del Raj, que constituían aproximadamente un tercio de la superficie total del sur de Asia, tenían tres opciones. Podían unirse a Pakistán, unirse a la India o intentar mantenerse independientes. En realidad, la tercera opción no era una opción en absoluto para la mayoría de los 500 estados principescos, que eran pobres, apenas industrializados y sin salida al mar. A pesar de ello, algunos estados principescos grandes, principalmente Cachemira, Kalat, e Hyderabad. Dado que el antiguo Raj británico se dividió según criterios religiosos entre la India, de mayoría hindú, y Pakistán, de mayoría musulmana, la decisión de unirse a uno u otro había adquirido un matiz religioso. Había algunos estados cuyos gobernantes eran musulmanes pero con una población mayoritariamente hindú, como Hyderabad y Junagarh (la actual parte occidental de Gujarat), y otros con una población mayoritariamente musulmana pero con gobernantes hindúes, como Cachemira.

La mayoría de los 500 estados principescos cayeron en manos de la India, gracias a su superioridad militar, sus intrigas diplomáticas y la amenaza de la revolución comunista, que se había apoderado de gran parte del sur. La revuelta de las masas, desencadenada por el juicio del Fuerte Rojo y el motín naval, había electrizado tanto el campo como las ciudades. Los estados principescos eran un blanco, y Travancore e Hyderabad sufrieron levantamientos campesinos masivos. Cachemira también tuvo su buena dosis de disturbios, liderados por la Conferencia Nacional, un partido pequeñoburgués de izquierda encabezado por el llamado Sher-i-Kashmir (león de Cachemira), el jeque Abdullah.

Una coalición de campesinos y trabajadores agrarios protestó contra el duro gobierno de los

reyes dogra. A su vez, los reyes habían sido colocados en el trono de Cachemira por los británicos, como recompensa por ayudarlos en la conquista del Imperio sij. Los gobernantes dogra no eran populares, eran tristemente famosos por sus prácticas explotadoras y su gobierno despiadado.

El último capítulo del dominio dogra resultó ser el más sangriento. En el contexto de una ola revolucionaria que se extendía por todo el subcontinente,

el rajá Hari Singh se apoyó en la organización hindutva RSS. Para aplastar el creciente movimiento de campesinos y trabajadores bajo el liderazgo de la Conferencia Nacional, utilizó las milicias estatales y al RSS. Según estimaciones pakistaníes, el número de muertos ascendió a 50 000, mientras que otros, en particular Ian Stephens, del periódico **The Statesman**, habían citado cifras más elevadas, con medio millón de personas asesinadas o desplazadas.

El maharajá Hari Singh es venerado por la derecha hindutva de la India por su decisión de incorporar a Cachemira a la India. La forma en que se llevó a cabo esto, o las consecuencias de su decisión, no influyen en su forma de pensar. Las masacres de musulmanes en Jammu le dieron a Jinnah y a Pakistán la excusa perfecta para intervenir e intentar anexar militarmente Cachemira. Esto, a su vez, obligó al asediado rey a suplicar la ayuda de la India, pero esta solo se le otorgaría a cambio de la adhesión.

Al igual que en Manipur, un estado que había declarado su independencia en sus propios términos e incluso había adoptado una constitución, al pueblo de Cachemira no se le preguntó si deseaba unirse a la India o no; fue un monarca, alejado de su pueblo y que gobernaba como un autócrata asesino, quien tomó esa decisión por ellos, acorralado entre dos potencias más grandes.

La guerra de Cachemira de 1948 fue testigo de masacres en ambos bandos, con las milicias tribales armadas por el incipiente Estado pakistaní masacrando a hindúes y sijes en Poonch, en represalia por las masacres de musulmanes en Jammu. La primera guerra entre la India y Pakistán fue librada por un ejército aún dirigido por oficiales y generales británicos, en ambos bandos. Aunque la guerra terminó en un empate, fue sin embargo una victoria política para la India, que se aseguró las zonas más productivas de Cachemira —Jammu, el valle de Srinagar y los pasos fronterizos estratégicos— antes de que Pakistán pudiera avanzar más. A Pakistán le quedó una franja de Cachemira, irónicamente llamada «Azad Cachemira», y las regiones montañosas de Gilgit y Baltistán, zonas áridas pero que forman una frontera estratégica con Asia Central y el oeste de China.

Sin embargo, el ejército indio no fue la única fuerza en la contienda; las milicias de trabajadores y campesinos organizadas por la Conferencia Nacional reforzaron la defensa contra el ejército de Pakistán y las milicias tribales.

Cachemira pasó a formar parte de la India, pero esta aún no había asegurado su control sobre el territorio. No podía tratar a Cachemira como lo había hecho con los demás Estados principescos, donde no existía ninguna otra potencia armada que intentara apoderarse de ellos. La cuestión del plebiscito se había propuesto por primera vez en relación con el estado de Junagadh para su adhesión a la India, era una forma de apaciguar a Jinnah y a Pakistán respecto a la adhesión de los estados principescos. La India estaba muy interesada en

su posición en el mundo y en su lugar en las Naciones Unidas, forjando así su reputación diplomática a nivel mundial. Nehru se dirigió a las Naciones Unidas para que ayudaran a resolver la cuestión de Cachemira, y mediante la resolución 47 de 1948 del Consejo de Seguridad de la ONU (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas) n.º 47 de 1948, se resolvió que el estatus de Cachemira se decidiría mediante un plebiscito imparcial.

Los acontecimientos posteriores prácticamente anularían esta resolución. Se logró un alto el fuego y llegó una paz inestable a Cachemira, pero lo que alguna vez fue un reino unido quedó dividido en dos partes: una ocupada por la India y otra por Pakistán. Como parte de las condiciones del plebiscito, Pakistán debía retirar sus milicias tribales y a sus ciudadanos, y la India debía retirar sus tropas. Ninguna de las partes cumplió su compromiso. El plebiscito, al igual que gran parte de la ONU, quedó en papel mojado.

Es en estas condiciones que debemos analizar la decisión de incorporar el artículo 370 a la Constitución de la India, la cual, al momento de la incorporación de los Estados principescos, aún no se había adoptado.

La incorporación de los Estados principescos originalmente solo exigía que los ámbitos de defensa, comunicaciones y relaciones exteriores quedaran bajo el control del gobierno de la India. Además, se alentó a los Estados principescos a formar asambleas constituyentes, en las que podrían o no redactar sus propias constituciones. En la mayoría de los casos, los Estados principescos no pudieron establecer asambleas constituyentes, pero aquellos que sí lo hicieron (Mysore, Travancore,

y la Unión de Saurashtra) adoptaron la Constitución de la India. El estado de Cachemira fue un caso atípico en este sentido.

Según los términos del tratado de adhesión firmado por el rey, Cachemira no estaba obligada a aceptar la Constitución de la India. El estado tenía derecho a redactar su propia constitución y decidir por sí mismo. Los líderes de Cachemira formaron una asamblea constituyente y solicitaron que solo se aplicaran aquellas disposiciones de la Constitución de la India que se correspondieran con el tratado de adhesión. El gobierno de la India accedió a esta demanda, reconociendo la popularidad de la Conferencia Nacional y de el jeque Abdullah. Así, el artículo 370 se incorporó al borrador de la Constitución de la India como una disposición temporal, la cual otorgaba cierta autonomía al estado de Cachemira, mayor que la de la mayoría de los estados de la India.

El artículo 370 incluía seis disposiciones especiales para Jammu y Cachemira:

1. Eximía al estado de la aplicabilidad total de la Constitución de la India. Se le confería al estado la facultad de tener su propia constitución.

2. Los poderes legislativos del Gobierno central sobre el estado se limitaban, en el momento de su redacción, a tres materias: defensa, relaciones exteriores y comunicaciones.
3. Otros poderes constitucionales del Gobierno central solo podían extenderse al estado con el consentimiento del gobierno estatal.
4. El «consentimiento» era únicamente provisional. Debía ser ratificado por la Asamblea Constituyente del estado.
5. La autoridad del gobierno estatal para otorgar el «consentimiento» duró únicamente hasta que se convocó a la Asamblea Constituyente del estado. Una vez que la Asamblea Constituyente del estado finalizó el esquema de competencias y se disolvió, ya no fue posible ninguna otra extensión de competencias.
6. El artículo 370 solo podía derogarse o modificarse previa recomendación de la Asamblea Constituyente del estado.

Estas disposiciones, junto con la resolución de la ONU sobre Cachemira que exigía un plebiscito, contenían las semillas de una posible secesión del estado de la India. Sin embargo, esto no llegó a suceder.

Los conflictos entre el gobierno de Cachemira y el de la India llegaron a su punto álgido en 1953, cuando la Asamblea Constituyente del estado tomó la decisión, por mayoría, de abolir la monarquía cachemir. En ese momento, la monarquía cachemir seguía siendo la jefatura de Estado de Cachemira, lo cual constituía un importante punto de discordia entre el gobierno de Cachemira y el de la India. Las negociaciones entre la India y Cachemira sobre el destino de la monarquía concluyeron con el Acuerdo de Delhi de 1952, cuya implementación por parte de Sheik Abdullah fue muy lenta. Las tensiones llegaron a su punto álgido en 1953, cuando el gobierno de Cachemira aprobó una resolución para abolir la monarquía. Tras la abolición de la monarquía, el príncipe Karan Singh, quien sucedió a su padre, el maharajá Hari Singh, se convirtió en jefe de Estado.

Casi al mismo tiempo que Estados Unidos y el Reino Unido orquestaban un golpe de Estado en Irán, la India llevaba a cabo su propio golpe de Estado en Cachemira. La decisión de abolir la monarquía provocó protestas reaccionarias por parte de grupos monárquicos en Ladakh y Jammu, lideradas por el Jammu Praja Parishad. Posteriormente, el jefe de Estado destituyó a Sheik Abdullah alegando «pérdida de apoyo por parte del gabinete». Inmediatamente después, Sheik Abdullah fue encarcelado en el marco del caso de conspiración de Cachemira.

Según el autor A.G. Noorani, el propio primer ministro Nehru ordenó el arresto. El jeque Abdullah alegó que todo el calvario de su destitución y arresto fue

orquestrado por Nehru. No sería hasta 1964 que se retiraran todos los cargos contra el jeque Abdullah en el marco del caso de conspiración de Cachemira.

Este capítulo marcó el inicio de lo que muchos autores denominan la erosión del artículo 370.

La orden presidencial de 1954 amplió los términos del Acuerdo de Delhi, extendiendo la ciudadanía india a los «residentes permanentes» de Jammu y Cachemira. De manera crucial, la orden presidencial extendió los derechos fundamentales de la Constitución india, la jurisdicción de la Corte Suprema; equiparó las relaciones financieras entre el gobierno central y el estado de Cachemira con las de los demás estados; y, lo más importante, otorgó al gobierno central el derecho a declarar emergencia nacional en caso de agresión externa. Entre 1956 y 1994, se aprobaron cuarenta y siete órdenes presidenciales sobre Cachemira que erosionaron la autonomía del estado. Para cuando se derogó el artículo 370, la autonomía de Cachemira era letra muerta.

Las riquezas de Cachemira ahora estaban listas para ser explotadas. Pronto se revelaría el mayor tesoro.

El hallazgo de litio:

El 5 de agosto de 2019, se derogó el artículo 370 de la Constitución y el estado de Jammu y Cachemira se dividió en tres territorios de la Unión. En febrero de 2023, el gobierno de la Unión anunció el hallazgo de 5,9 millones de toneladas de litio en Jammu y Cachemira. Este hallazgo convirtió a la India en el tercer mayor poseedor de reservas de litio del mundo.

El momento es bastante revelador, ya que el Servicio Geológico de la India comenzó su trabajo alrededor de 2018-2019, el mismo año en que el gobierno aprobó la Ley de Reorganización de Jammu y Cachemira, derogando el artículo 370 de la Constitución. No solo se eliminó lo que quedaba de la autonomía de Cachemira, sino que se suprimió su existencia como estado. Jammu y Cachemira fueron divididos y rebajados a territorios de la Unión, administrados directamente por el gobierno central, que ahora controlaría gran parte de su burocracia y sus fuerzas de seguridad.

No nos sorprendería en lo más mínimo que esta medida se hubiera tomado precisamente para facilitar la extracción de litio en la región. Por ello, la población de Cachemira sufriría un confinamiento asfixiante y la degradación de la sociedad civil y las instituciones, todo en beneficio de los capitalistas indios, particularmente en el sector minero. Las bases para ello ya las había sentado el anterior gobierno del Congreso, pero fue el gobierno del BJP bajo Modi el que terminó el trabajo.

Incluso antes del hallazgo de litio, Cachemira ya era explotada por su potencial hidroeléctrico. El tratado del agua del Indo con Pakistán está diseñado para garantizar la explotación de los recursos hídricos de Cachemira, especialmente las aguas del río Indo. Cachemira cuenta con un potencial hidroeléctrico de 20 000 megavatios. Hasta ahora, solo produce alrededor del 10 % de esta capacidad potencial, con cerca de 2500 megavatios. Incluso esta producción relativamente escasa se envía a estados fuera de Cachemira. La mayor parte de la energía hidroeléctrica del estado es generada por presas administradas por la Corporación Nacional de Energía Hidroeléctrica, la cual transfiere la mayor parte de la energía que genera a otros estados del norte de la India. Esta explotación de la energía hidroeléctrica natural del estado no se limita al lado indio de Cachemira, sino que tiene su reflejo en la explotación que Pakistán hace de la energía hidroeléctrica de Cachemira.

El resultado es que, si bien Cachemira es una tierra rica en recursos y riqueza potencial, gran parte de esta es arrebatada. Los cachemires no se benefician del potencial hidroeléctrico de su nación, no se benefician de sus recursos, y se ven sometidos a cortes de luz mientras que la India y Pakistán cuentan con energía para sus capitalistas.

Derogación del artículo 370:

El gobierno del BJP llegó al poder para un segundo mandato en 2019 con la promesa electoral de revocar el artículo 370 y promulgar un Código Civil Uniforme. En cuanto a esto último, aún le cuesta avanzar, pero en cuanto a lo primero, actuó con la rapidez de un rayo. La mayoría absoluta del BJP en la cámara baja, y la mayoría en la cámara alta, aseguraron la aprobación de la controvertida ley, aunque no sin oposición. Incluso hoy en día, hay múltiples peticiones pendientes ante la Corte Suprema, que cuestionan la legalidad de la derogación del artículo.

Inmediatamente después de la derogación de la ley se produjeron protestas en Cachemira, mientras que en el resto de la India los principales partidos burgueses de oposición solo manifestaron una tibia oposición. Antes de la derogación del artículo, se declaró el estado de emergencia en Cachemira y se movilizó al ejército alegando «amenazas a la seguridad». Se tomaron medidas para sofocar cualquier protesta que pudiera surgir. Sin embargo, la velocidad y la intensidad de la opresión estatal hicieron que organizar protestas fuera casi imposible. El levantamiento que el gobierno temía nunca ocurrió.

No obstante, el gobierno preparó todas las herramientas de represión posibles para responder a los disturbios, en caso de que surgieran. Cachemira sufrió un corte de Internet en 2019, que se mantuvo durante 18 meses, el corte de Internet más prolongado en la historia de la India. Se impuso un confinamiento en el estado entre agosto de 2019 y febrero de 2021. Más de 2000 personas fueron detenidas por el Estado en una campaña de represión preventiva.

Se arrestó a líderes de la oposición, incluidos los dirigentes de Hurriyat y de la Conferencia Nacional. Las fuerzas de seguridad acordonaron caminos y autopistas, aislando efectivamente al estado. Incluso se volvió imposible para la prensa acceder a Cachemira. El país quedó desinformado de lo que sucedía dentro de Cachemira. Incluso hoy en día, la fuerte presencia de seguridad en Cachemira es un recordatorio de la autoridad india sobre el estado.

La presencia del ejército y de los grupos paramilitares garantizó que la población se mantuviera intimidada. En palabras del gobernador, «ni siquiera los perros ladrarán». Años de opresión, traiciones y fracasos han creado las condiciones para un sentimiento de derrotismo. La derogación dolió como una derrota «definitiva» en una larga lucha. Para consolidar aún más su control sobre la región, el gobierno central aplicó la estrategia de «divide y vencerás». Al igual que el Partido del Congreso antes que él, enfrentar a los musulmanes contra los no musulmanes de Jammu, Cachemira y Ladakh garantizó el aislamiento de los musulmanes e impidió que surgiera solidaridad entre ellos. Esto fortaleció el control del gobierno indio, al tiempo que debilitó la autonomía de Cachemira.

La separación de Ladakh de Cachemira tenía como objetivo apaciguar a los budistas de Ladakh, pero su degradación a territorio de la Unión ha provocado que las condiciones empeoren. Desde principios de este año se han estado llevando a cabo protestas en Ladakh, ya que las promesas de empleo y desarrollo han resultado ser vacías. Ahora la población de Ladakh exige convertirse en un estado.

Protestas en la Cachemira pakistaní:

La rapidez y la repentina naturaleza de la medida del gobierno de Modi tomaron por sorpresa a la población. No menos sorprendida quedó la clase dirigente de Pakistán, que se vio impedida de actuar. Durante décadas, Cachemira fue considerada el santo grial para Pakistán, y su conquista era muy anhelada por sus líderes.

Pakistán nunca había aceptado realmente la ocupación india de Cachemira, ni tampoco aceptó jamás ninguna pretensión de independencia cachemir. Es por eso que Pakistán trata a su parte de Cachemira casi como una colonia. Los burócratas y los oficiales militares viven a lo grande a costa de la gente, que en su mayoría vive en la pobreza extrema. Las condiciones en Gilgit-Baltistán son aún peores.

Durante años, la burguesía pakistaní intentó, sin éxito, arrebatarse Cachemira a la India, aparentando luchar por la independencia de Cachemira

, al tiempo que negaba cualquier independencia al pueblo de la Cachemira ocupada por Pakistán, a la que, irónicamente, denomina «Azad Cachemira» (que significa Cachemira Libre). Todos sus esfuerzos han fracasado, y este

último fracaso se suma a un largo historial de fracasos de la burguesía pakistaní para superar a la India.

El costo de sus fracasos lo han soportado los trabajadores y campesinos de Pakistán, incluidos aquellos que viven en la parte de Cachemira ocupada que pertenece a Pakistán. Esto se ha manifestado en forma de dictaduras militares, pobreza, crisis económica derivada del gasto militar excesivo y la explotación continua en beneficio de una camarilla de burócratas y oficiales militares que viven a lo grande mientras las masas de Cachemira viven en la pobreza extrema.

La única razón por la que Pakistán ha logrado conservar su parte de Cachemira y pacificar a la población de esa región fue la promesa de liberar a toda Cachemira del dominio indio y unificar ambas partes ocupadas de Cachemira. Este objetivo parece ahora más lejano que nunca. La débil respuesta del Estado pakistaní y la acumulación de fracasos a lo largo de los años —incluso mientras atraviesa una de las peores crisis económicas de su historia— han sido la chispa que desencadenó las protestas en la Cachemira pakistaní.

Los medios de comunicación indios informan sobre estas protestas como si fueran una justificación del dominio indio sobre Cachemira; algunos llegan incluso a sugerir que la población de la Cachemira ocupada por Pakistán desea *unirse a* la ocupación india. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad! El pueblo de Cachemira marcha contra su explotación a manos de la burguesía paquistaní a través de su ejército y su gobierno civil corrupto. No desean nada más que la unificación de su país y la independencia de Cachemira. Cada día queda más claro que esto no se logrará con las armas paquistaníes, sino mediante la solidaridad de los cachemires.

La autodeterminación sigue siendo válida:

La derogación del Artículo 370 y la desintegración del estado de Jammu y Cachemira no invalidan por sí mismas la lucha por la autodeterminación de Cachemira. Este es otro golpe para los cachemires en una larga historia de opresión a manos del Estado indio, mantenido unido mediante la coacción, un poder militar abrumador y una actuación policial de mano dura. El deseo de independencia de Cachemira se basa en las aspiraciones del pueblo, arraigadas en la historia de la lucha de clases en Cachemira. Esto no ha cambiado fundamentalmente.

Es necesario ver más allá de las mentiras y comprender la realidad del dominio indio y pakistaní en Cachemira. Ninguno de los dos Estados busca el bienestar del pueblo de Cachemira, lo cual incluye a la población no musulmana de Cachemira. Pakistán puede fingir ser un «amigo» de los cachemires, quienes se resisten y se asfixian bajo el peso de la ocupación india. La India puede

fingir ser la «defensora» de los hindúes y budistas. Esto no es más que una estratagema para promover sus propios intereses. Dichos intereses consisten en la explotación de los recursos de Cachemira: su energía hidroeléctrica y su riqueza mineral. El pueblo de Cachemira no figura en este panorama, solo cuentan las ganancias y las ambiciones de su burguesía.

La postura revolucionaria es hoy más válida que nunca. Defendemos la autodeterminación de Cachemira. Los trabajadores y campesinos de la India y Pakistán no tienen razón alguna para identificarse con sus gobiernos burgueses, que se envuelven en la bandera nacional y ordenan a los hijos de los trabajadores y campesinos que vayan a morir en las implacables montañas de Cachemira. Lo único que tienen para ofrecer es la muerte, ya sea por la pobreza y el hambre, o por una bala en la guerra. La ilusión patriótica es la herramienta del opresor para convertir a los trabajadores de ambos países en cómplices de la opresión de Cachemira. Al apoyar la autodeterminación de Cachemira, pretendemos romper esta alianza falsa y tóxica entre la clase trabajadora y la burguesía de la India y Pakistán, ¡y construir la solidaridad entre los trabajadores y campesinos de Cachemira, la India y Pakistán!

¡APOYO INCONDICIONAL A LA AUTODETERMINACIÓN DE CACHEMIRA!

¡APOYO TOTAL A LAS PROTESTAS EN CACHEMIRA!

¡FIN A LA OCUPACIÓN!

¡LOS RECURSOS DE CACHEMIRA PARA EL PUEBLO DE CACHEMIRA!

=====

=====

EN DEFENSA DEL VICTORIOSO MOVIMIENTO DE MASAS DE CACHEMIRA

Manifestantes en el POK enfrentándose a la policía militar

(El siguiente artículo fue escrito en 2024 tras la primera fase de movilizaciones en

el POK, por Mehnatkash Tehreek, Pakistán)

La victoria parcial del Movimiento de Masas en Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, reorienta el contexto histórico. Cada vez que las masas populares se han manifestado en forma de movimientos sociales organizados, siempre han obligado a la clase dominante a ceder. El Movimiento de Masas comenzó el 10 de mayo. Las masas populares apoyaron a los líderes con gran valentía. Desde el inicio del movimiento, la clase dominante intentó utilizar diversas tácticas para dividir a las masas; el movimiento aún se encontraba en sus primeras etapas cuando el Estado intensificó el proceso de polarización al acentuar la división entre los líderes de los comerciantes; sin

embargo, los pequeños comerciantes se opusieron a la narrativa a favor del Estado y a sus líderes, reconociendo la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto.

No estuvieron de acuerdo y siguieron formando parte de los comités de acción pública. Posteriormente, el proceso en curso fue propagado repetidamente por los gobernantes ausentes de Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, bajo el pretexto de los derechos del pueblo; India quiere empeorar la situación a través de sus agentes, ya que esta era la narrativa de 76 de la clase dominante, que fue rápidamente derrotada. Ante esta postura de la clase dominante, las masas populares siguieron diciendo al unísono: «denos derechos; no habremos acudido a ninguna reunión con ningún agente indio según ustedes».

Más tarde, los líderes del Comité Conjunto de Acción Masiva participaron en las negociaciones convocadas por el gobierno en diferentes ocasiones, pero la situación del comité de negociación siguió siendo muy precaria y, con excusas poco convincentes, en ocasiones los miembros se mantuvieron ausentes a las negociaciones y, en otras ocasiones, se afirmaba que no tenían facultades para aprobar las demandas populares, salvo las autoridades designadas por Pakistán. Ante estas acciones y el engaño del gobierno, el Comité Conjunto de Acción

de Masas, en consulta con los subcomités de masas, eligió el 5 de febrero como día de huelga general, en el que cada año el estado de Pakistán, a nivel oficial, se une al pueblo de Jammu y Cachemira en solidaridad contra la India. Cuando la importancia de esta huelga se arraigó en la conciencia de las masas populares, el gobierno se acordó de las negociaciones y, una vez más, invitó al Comité Conjunto de Acción Masiva a negociar el 4 de febrero para aprobar las demandas, y emitió una notificación en la que aceptaba algunas de las demandas parcialmente.

El gobierno pidió más tiempo para las restantes, pero cuando esta notificación comenzó a circular entre las masas a través de las redes sociales, la mayoría no solo criticó la aceptación parcial de estas demandas, sino que también convocó a una huelga total el 5 de febrero. Conscientes de este sentimiento público y de las críticas, los líderes, comprometiéndose a continuar con los movimientos hasta que se cumplan las demandas, anunció una sentada frente a la Asamblea Legislativa de Jammu y Cachemira el 11 de mayo, lo cual fue informado por primera vez por los medios estatales. Parecía solo una noticia, pero a medida que se acercaba la fecha y el ímpetu de las masas iba en aumento. Finalmente, en la noche del 9 de mayo, el Estado realizó redadas en las casas de muchos líderes del Comité Conjunto de Acción Masiva y de los subcomités de la División de Mirpur y se llevaron a cabo detenciones; en

respuesta a ello, el JAAC anunció una huelga general el 10 de mayo y convocó protestas y marchas. La policía generó tensión y caos en todo el estado.

En el enfrentamiento, en el que resultaron heridos muchos manifestantes y agentes de policía, el subinspector Adnan Qureshi sucumbió a sus heridas en la ciudad de Islamgarh tras recibir un disparo en el pecho, donde él, junto con otros agentes, detuvo la marcha que se dirigía a Muzaffarabad pasando por Kotli. Cuando todas las caravanas entraron en la división de Poench, en Rawalakot, el gobierno del distrito, en nombre de las altas autoridades, invitó una vez más a los líderes de la JAAC a dialogar de manera descarada y dejó a las masas esperando durante horas. Mientras la clase dominante se imaginaba que las masas habían acudido en su tradicional procesión para un viaje de recreación, en el que recibirían transporte gratuito y una buena comida para que sus reuniones fueran un éxito, y durante el mitin público, disgustadas por las ideas y los discursos de la élite que las obligaron a regresar a sus hogares, pero es mala suerte para los gobernantes no comprender que las masas, que han sido privadas de sus derechos durante décadas, no salen cada vez para divertirse o hacer un espectáculo, sino que su conciencia también se desarrolla con la madurez adquirida frente a las artimañas históricas y las experiencias del Estado; aprenden de sus condiciones objetivas.

Esto significa que cuando el sujeto consciente, en alineación, toma la forma del mañana —siendo la mayoría—, procede a eliminar todas las tácticas antihumanas de la minoría. Durante la marcha, comenzaron las negociaciones entre la clase dominante y los líderes del Movimiento por los Derechos del Pueblo; la gente de abajo solo tenía una exigencia. A medida que la caravana se acercaba a Muzaffarabad, el terreno comenzó a desmoronarse bajo los pies de los gobernantes.

Cuando la concentración de millones de personas, el redoble de los tambores, el bhangra (baile) de los jóvenes, las canciones revolucionarias, las consignas y el disfrute compartido de la comida y la bebida se convirtieron en un tema de gran popularidad entre el pueblo de Pakistán a gran escala a través de las redes sociales. Todos los servicios de Internet fueron suspendidos de inmediato, lo cual fue difícil de soportar para la clase dominante. El 12 de mayo, a modo de prueba, las fuerzas paramilitares enviadas desde Pakistán abrieron fuego contra la multitud, matando a tres jóvenes e hiriendo a muchos otros. El pueblo respondió. Intentaban llegar al lugar de los disparos desde las montañas, los edificios, las plazas y las intersecciones para que todos se apresuraran a dar testimonio, mientras la clase dominante observaba toda la escena directamente a través de los medios de comunicación. Las fuerzas paramilitares también comprendieron el estado de ánimo de esa escena, por lo que huyeron del lugar e inmediatamente la clase dominante tuvo que aceptar las demandas del pueblo.

¿Cómo mantener los logros del movimiento?

El valor del movimiento por los derechos del pueblo no solo infundió más valor a la población de Jammu y Cachemira, sino que también generó un sentido de colectividad entre la población de Pakistán: si las masas populares luchan juntas por sus derechos, los gobernantes no tienen suficiente poder para arrebatárselos. El entusiasmo puede contagiar a nuestros amigos y colegas de las redes sociales, quienes felicitan a las masas de Cachemira por su éxito y prometen que pronto iniciarán un movimiento por sus derechos dentro de Pakistán. Por lo tanto, es necesario mantener una presión continua sobre la clase dominante, desde el nivel de las aldeas y los pueblos, para conservar los logros del movimiento.

Los avances que se han logrado durante el movimiento no solo deben compartirse entre nosotros, sino también con las mujeres. Debe haber una representación equitativa de las aldeas y los pueblos; luego, se deben abordar los problemas locales junto con los del nivel distrital, y se deben exigir mercados agrícolas completos y hospitales generales completos. Esto es posible cuando los comités de masas se integran conscientemente en todo el proceso, emitiendo votos en cada campaña bajo el centralismo democrático. Se deben realizar todos los esfuerzos posibles para tomar decisiones por consenso; de lo contrario, se debe dar importancia a la decisión de la mayoría frente a la de la minoría.

Mantener el estilo de colectividad. Todo este proceso debe llevarse a cabo a través de Asambleas Populares, que deben iniciarse en las aldeas y pueblos, y en todas partes se debe hacer un esfuerzo por incorporar a los trabajadores de los servicios y la producción en estos comités de masas. Los trabajadores de diferentes sectores deben asumir la responsabilidad de las campañas de los comités de trabajadores. Se debe hacer propaganda sobre la importancia de una Asamblea Constituyente alternativa, haciendo campaña en contra de la actual Asamblea Legislativa de Jammu y Cachemira, que impide a cualquiera participar en las elecciones con el enfoque del derecho a la autodeterminación según la Constitución parcial de 1974, dentro de cada Asamblea Popular. ¡Esta es la forma de responder a las artimañas de la clase dominante y, al mismo tiempo, mantener el éxito del movimiento!

La humildad es nuestra arma consciente

Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, es una colonia de Pakistán, por lo que es importante incluir el elemento de humildad y resistencia en el movimiento por las reformas, libertad y autonomía. Debido al éxito del actual movimiento por los derechos del pueblo, se observa que muchos intelectuales de clase media y nacionalistas estrechos se burlan de los trabajadores de Pakistán, ya sea directamente o a través de las redes sociales, diciendo que deberían luchar como los cachemires, etc., debido al éxito parcial del

movimiento de Jammu. Debemos comprender que la situación en Pakistán no se encuentra exactamente en un período reaccionario, sino que, conscientemente, ha comenzado la situación prerrevolucionaria.

El pueblo ha comprendido que el gobierno de Pakistán es completamente incapaz de brindar cualquier tipo de ayuda pública. La influencia de Pakistán en el mercado global es nula. El desempleo se ha convertido en un problema permanente. Las personas de los sectores más desfavorecidos se están preparando para el fin del estado dominante actual, lo cual se vio por primera vez en las elecciones generales contra el establishment, pero se podrá observar en las plazas y cruces en los próximos períodos. Actualmente, las consignas contra el poder del establishment se han popularizado.

La represión contra las nacionalidades oprimidas puede intensificarse con el fin de la inflación y la privatización. Si la resistencia popular comienza a gran escala, no se detendrá tan rápidamente. ¿Qué comenzó primero en Baluchistán, luego en Gilgit-Baltistán y ahora en Cachemira? En este momento, es necesario que la dirección del Movimiento por los Derechos del Pueblo de Jammu y Cachemira salga en defensa de sus logros, haga un llamado a los pueblos de las nacionalidades oprimidas y luche contra la opresión y la violación de los derechos fundamentales en Pakistán.

=====

DECLARACIÓN SOBRE EL ATAQUE TERRORISTA EN CACHEMIRA

Un soldado indio vigila el valle de Pahalgam en el aniversario del ataque terrorista

(Lo que sigue es una declaración conjunta emitida por Mehnatkash Tehreek (Pakistán) y Mazdoor Inquilab (India) contra el uso del terrorismo por ambas partes para promover objetivos estratégicos en Cachemira)

En la tarde del 22 de abril, cerca de 26 turistas civiles fueron asesinados a tiros por militantes que afirmaban pertenecer al « Frente de Resistencia de Cachemira» (TRF), una rama de Lashkar-e-Taiba. Los turistas eran en su mayoría visitantes hindúes del territorio continental de la India, y en su mayoría hindúes. Testigos presenciales han afirmado que los militantes preguntaron a los turistas sus nombres y su religión antes de matarlos. Aquellos que eran hindúes y no pudieron recitar la shahada islámica fueron asesinados en el acto. Este aspecto del ataque ha sido exagerado por un ecosistema mediático de derecha para enfatizar la naturaleza religiosa del ataque y de los atacantes. Se ha olvidado,

el heroico sacrificio de un guía que se enfrentó a los militantes y salvó a una docena de turistas, así como de muchos otros musulmanes locales de Cachemira que ayudaron a llevar a los turistas heridos a los hospitales.

Desde este espantoso incidente, las redes sociales se han visto inundadas por propagandistas de derecha del Hindutva que exigen el genocidio de los musulmanes, apuntando específicamente a los musulmanes de Cachemira. Los estudios de los principales canales privados de noticias están llamando a la guerra contra Pakistán. Entre la clase política, tanto los líderes del partido gobernante como los líderes de la oposición burguesa han llamado a la «unidad» en torno a «cualquier medida que se tome en represalia». En este estruendo belicista, cualquier llamado a que se rindan cuentas se está perdiendo.

Es importante preguntarse cómo es posible que un ataque tan militante siga ocurriendo en una de las regiones más militarizadas del mundo. Modi había afirmado que el terrorismo había terminado gracias a la desmonetización y a la derogación del Artículo 370, que anulaba la autonomía de Cachemira, ¡y sin embargo siguieron ocurriendo! Debemos preguntarnos: ¿cómo es posible que no hubiera personal de seguridad en ningún lugar cercano al sitio del ataque y que tardaran tres horas en llegar los socorros? De no ser por los lugareños que arriesgaron sus vidas para salvar a los turistas, más personas habrían muerto a causa de sus heridas.

Mientras se desarrollaba el ataque, Modi estaba cerrando acuerdos para sus compinches en Dubái. A su regreso, se encontraba en pleno modo electoral, prometiendo tomar represalias contra Pakistán desde Bihar, un estado que pronto celebrará elecciones. Bengala Occidental, otro estado que tendrá elecciones el próximo año, también es blanco de la propaganda antimusulmana de las fuerzas del Hindutva.

Del lado pakistaní, líderes militares reaccionarios como Asim Munir invocaron sentimientos islamistas, dirigiendo sus ataques virulentos contra la India y los hindúes. La Cachemira ocupada por Pakistán ha sido testigo de protestas masivas contra la explotación de su pueblo y sus recursos por parte del ejército y la burocracia del Estado pakistaní. El pueblo baluchi sigue luchando contra el dominio de Pakistán; la resistencia toma la forma de protestas, huelgas y, en ocasiones, de actos de violencia contra el ejército pakistaní. Los gobernantes de Pakistán no sienten ninguna simpatía por el pueblo de Cachemira y no velan por sus mejores intereses.

Tanto la India como Pakistán ven a Cachemira como un objeto de conquista. Cachemira tiene un enorme potencial hidroeléctrico, cuenta con uno de los yacimientos de litio más grandes del mundo y es una de las principales regiones productoras de azafrán del mundo. Cachemira puede convertirse en una puerta de entrada a Asia Central para la India. Por estas razones, ambas

potencias gobiernan Cachemira de manera antidemocrática y militarista. Las élites gobernantes de la India y Pakistán están más que dispuestas a explotar a su propio pueblo, que apenas vive por encima del umbral de la pobreza, para financiar enormes infraestructuras burocráticas y militares.

La verdad es que Cachemira es un frente de batalla en la contienda entre dos países burgueses codiciosos y explotadores. Decenas de miles de cachemires han perdido la vida a causa de la destructiva contienda entre Pakistán e India. Ambas partes quieren la tierra de Cachemira, pero no a su gente. Los capitalistas con sede en Delhi e Islamabad han convertido el paraíso en la Tierra en un campo de muerte.

¡DEFENDEMOS LA **AUTODETERMINACIÓN** DE CACHEMIRA!

La tierra de Cachemira pertenece al pueblo de Cachemira, junto con sus recursos, ríos y patrimonio. Ni la India, que invoca nociones de «Akhand Bharat», ni Pakistán, que clama por la «teoría de las dos naciones», pueden reclamar ningún derecho sobre ella.

Delhi e Islamabad se han arrogado el derecho de decidir qué es lo mejor para los cachemires, cuando en realidad solo actúan en beneficio de sus propias élites, ya sea el ejército y la burocracia de Islamabad o los grupos Adani, Tata y Ambani en la India. Ambas naciones silencian las voces de los cachemires.

Desde la derogación del Artículo 370, la India ha convertido a Cachemira en una prisión para su pueblo. La ilusión de normalidad alimentada por el aumento del turismo y las inversiones de las corporaciones enmascara la realidad de miles de personas encerradas por la policía y las fuerzas paramilitares, que actúan con impunidad y son inmunes a cualquier proceso judicial. El ataque del 22 ha dejado claro que esta opresión no ha logrado traer ningún tipo de paz real al valle.

El gobierno de la India no solo ha eliminado la limitada autonomía de Cachemira, sino que también ha borrado su existencia como estado independiente, separando Ladakh de Cachemira y convirtiendo al estado en un territorio de la Unión, sometiéndolo a la autoridad directa de la capital. Los derechos de los cachemires están siendo pisoteados, con la complicidad de una burguesía compradora dócil, representada por figuras como Omar Abdullah y Farooq Abdullah. Por ello, exigimos que se restablezcan todos los derechos de Cachemira, junto con su condición de estado y el restablecimiento de la autonomía cachemir tal como se establecía en el Artículo 370.

En lugar de exigir responsabilidades a los gobernantes, las fuerzas del Hindutva en línea y en los medios de comunicación, se han empeñado en destacar el hecho de que los militantes identificaron la religión de las víctimas. Han estado utilizando este incidente para incitar a la gente en contra de los musulmanes cachemires. Hacen caso omiso de las manifestaciones de los

cachemires que claman por la paz y la unidad entre comunidades, han tratado de ocultar las historias de musulmanes cachemires que ayudaron a los turistas, salvándoles la vida. Intentan justificar la dominación continua de Cachemira.

¡Decimos que el pueblo de Cachemira decida el destino de Cachemira, ya sea que permanezca independiente o se una a la India o a Pakistán, y lo decimos tanto para la Cachemira ocupada por la India como para la Cachemira ocupada por Pakistán! Han pasado casi ocho décadas, y los cachemires han visto el verdadero rostro de la India «democrática» y el verdadero rostro del régimen militar pakistaní, que afirma ver a los cachemires como hermanos, solo para explotarlos de manera tan brutal y despiadada como lo hace el bando indio.

Los trabajadores y campesinos de la India y Pakistán no tienen ningún interés en que sus hermanos de clase en Cachemira sean explotados y oprimidos. Es nuestro deber movilizar a la clase trabajadora para apoyar la causa de la autodeterminación y oponernos al odio divisorio que propagan las burguesías tanto de Pakistán como de la India.

¡DENUNCIAMOS LOS LLAMADOS A LA GUERRA!

La burguesía de la India se ha apresurado a ocultar sus propios fracasos. No puede garantizar los servicios básicos para su propio pueblo, no puede mejorar los medios de vida de la gran mayoría de los indios, y sus mentiras son constantemente desmentidas por la realidad. Para ocultar sus fracasos, se golpean el pecho y llaman a la guerra contra Pakistán. En represalia por el ataque de los militantes, la India ha suspendido unilateralmente el Tratado del Agua del Indo, un tratado que ya favorecía ampliamente a la India. Ante esto, Pakistán ha decidido cerrar su espacio aéreo a la India y suspender el comercio.

En la mañana del 25° se han reportado bombardeos de artillería a lo largo de la frontera entre la India y Pakistán. Mientras tanto, el ejército de matones hindutva del BJP y el RSS en las redes sociales no deja de gritar a voz en cuello contra los musulmanes y Pakistán. Quieren castigar a todos los musulmanes por las acciones de un puñado de fanáticos. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Pakistán ha declarado oficialmente que cualquier acción por parte de la India enfrentará una «represalia masiva». Tanto la India como Pakistán son países con armas nucleares, que cuentan con ejércitos y fuerzas aéreas enormes. Una guerra entre ambos sería desastrosa, no solo para la población de la región, sino para el mundo entero.

¡Denunciamos este belicismo! La burguesía, que no puede alimentar a su pueblo, quiere jugar con las vidas de los trabajadores y los campesinos. No les basta con habernos explotado hasta la pobreza; ahora quieren saciar su sed de sangre con la muerte de los hijos e hijas de la clase trabajadora clase obrera y de los hijos e hijas de los campesinos en el campo de batalla. Las clases

dominantes de ambos países clamarán por la «unidad nacional» en este momento y empujarán a los explotados a matarse entre sí. Sentados en sus habitaciones con aire acondicionado, observarán la carnicería desde lejos, mientras los trabajadores y campesinos mueren en una guerra sin sentido matándose unos a otros.

Mientras tanto, la guerra se convertirá en una excusa para que los gobernantes de ambos países aterroricen a las minorías. Se arrestará a los disidentes, se desplazará y aterrorizará a las minorías, y se derribará el poco de democracia burguesa que queda en cada país. Todo se justificará en nombre del nacionalismo y la religión.

¡POR LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA CONTRA LA REACCIÓN BURGUESA!

Cuando la burguesía va a la guerra, son la clase trabajadora y el campesinado quienes sufren. Los pobres mueren por las guerras de los ricos. Esto queda descaradamente claro en Cachemira, donde se ha incitado a indios y paquistaníes a un frenesí nacionalista para las guerras de los generales y las corporaciones, todos los cuales quieren oprimir a los cachemires y explotar sus tierras.

Cada acto de guerra burguesa es un acto de violencia contra la clase trabajadora. A esto debemos responder con la unidad de la clase trabajadora.

Hoy, mientras la amenaza de una guerra nuclear se cierne sobre el subcontinente, solo la clase trabajadora puede lograr la paz, y con eso nos referimos a una paz justa. La autodeterminación de Cachemira es la piedra angular de esa paz justa.

Debemos marchar unidos, contra las maquinaciones del gobierno de Modi que busca dividirnos entre hindúes y musulmanes, y contra las maquinaciones de los militares paquistaníes que avivan los sentimientos reaccionarios para desatar la guerra.

¡ABAJO LOS BELICISTAS!

¡UNIDAD ENTRE HINDÚES Y MUSULMANES!

¡NO A LA GUERRA! ¡VIVA LA UNIDAD DE CLASE!

¡POR LA AUTODETERMINACIÓN DE CACHEMIRA!

¡ABAJO EL HINDUTVA! ¡ABAJO EL EJÉRCITO DE PAKISTÁN!

=====
=====

La guerra de Cachemira y la amenaza de una guerra mundial

Introducción :

La derogación del artículo 370 de la Constitución india fue celebrada por el gobierno de Modi como una gran victoria nacionalista. Esta enmienda, que puso fin a la autonomía limitada de Cachemira, se presentó como el cambio que traería una paz duradera a Cachemira, a la que pronto le seguiría la prosperidad. En cambio, convirtió a Cachemira de la noche a la mañana en una prisión gigante, con miles de personas detenidas arbitrariamente y encarceladas, la suspensión de Internet y las comunicaciones móviles, y la entrada al estado severamente restringida. Finalmente, se borró la existencia de Cachemira como estado independiente,

Ladakh fue separado del estado, y los dos nuevos estados que surgieron de esta separación se convirtieron en territorios de la Unión, ahora bajo la administración directa de la capital nacional. Es importante recordar este contexto, ya que el resentimiento que surgió de estas acciones condujo directamente a los acontecimientos de este año.

El 22 de abril se produjo un ataque terrorista en el distrito de Pahalgam, en Cachemira, donde 26 turistas fueron asesinados por militantes del «Frente de Resistencia» . El ataque contra civiles inocentes conmocionó a la India y se convirtió en combustible para que el gobierno de derecha Hindutva y sus medios de comunicación dóciles clamaran por la guerra. Desde entonces, la India inició una serie de medidas de escalada contra Pakistán, comenzando con la suspensión del Tratado del Agua del Indo y el corte repentino del suministro de agua de sus presas en el río Chenab. Pakistán respondió cerrando su espacio aéreo a los aviones indios, a lo que la India replicó haciendo lo mismo . Ambas partes se prepararon para los ataques militares que inevitablemente seguirían a esto.

En la madrugada del 7 de mayo, la Fuerza Aérea, la Armada y el Ejército de la India coordinaron un ataque contra nueve objetivos en el interior de Pakistán, alegando que se trataba de bases terroristas. El ataque, llevado a cabo por los nuevos aviones Rafale de la India, causó una destrucción generalizada e infligió docenas de bajas civiles en Pakistán. Si realmente murieron terroristas en estos ataques seguirá siendo un misterio, pero desde entonces las fanfarronadas de los medios de comunicación indios no han cesado, afirmando que 900 «terroristas » habían sido eliminados. A esto le siguió un bombardeo indiscriminado por parte de Pakistán, que causó aún más pérdidas de vidas. Los 26 que murieron en el ataque terrorista recibieron cobertura las 24 horas del día por parte de los medios de comunicación indios, pero los campesinos pobres que perdieron la vida en las escaramuzas fronterizas han quedado reducidos a números sin rostro, indignos de aparecer en los noticieros de máxima audiencia.

Mientras que los funcionarios pakistaníes y la prensa oficial saltan de alegría por el supuesto derribo de cinco aviones de combate indios, los medios de comunicación indios están dando cobertura cobertura triunfal de los ataques aéreos contra Pakistán. Los civiles muertos por los ataques de la India no reciben ninguna simpatía por parte de la prensa india, y el gobierno indio hace todo lo posible por deshumanizar al pakistaní de a pie. Al mismo tiempo, se llevaron a cabo simulacros de defensa civil para normalizar un estado de guerra.

Durante los cuatro días que siguieron a los ataques aéreos de la India en territorio pakistaní, ambas partes continuaron con un intenso intercambio de salvas de misiles y bombardeos de artillería que costaron decenas de vidas tanto en la India como en Pakistán. Para el 11 de mayo, Pakistán había desplegado a su ejército en la frontera, listo para operaciones terrestres, justo cuando la India se preparaba para acciones militares de mayor envergadura. De repente, el 11 de mayo, todo quedó en silencio, cuando Trump declaró que supuestamente había negociado un alto el fuego entre la India y Pakistán. Hasta ahora, este frágil alto el fuego se ha mantenido, con una violación por parte de Pakistán que resultó en bombardeos en la frontera de Cachemira ocupada por la India. Este alto el fuego ha detenido momentáneamente la posibilidad de una escalada hacia una guerra abierta, y nos devuelve a la situación que persistió inmediatamente después de la suspensión unilateral por parte de la India del Tratado del Agua del Indo.

No es exagerado decir que el sur de Asia se encuentra quizás en el momento más peligroso de su historia reciente, ya que dos naciones con armas nucleares juegan con la posibilidad de una guerra convencional. No es en absoluto seguro que dicha guerra convencional se limite a medios convencionales y no avance hacia una guerra nuclear total, la cual probablemente destruiría la civilización tal como la conocemos y podría arrastrar al mundo entero a una tercera guerra mundial.

El conflicto de Cachemira:

Para comprender verdaderamente el conflicto de Cachemira, debemos ir a las raíces del problema. De hecho, el conflicto es uno de los legados más tóxicos del colonialismo británico en el sur de Asia.

Hoy en día, Cachemira se ha convertido en el frente de batalla no solo de dos poderosos ejércitos que se enfrentan entre sí, sino también en el frente de un conflicto entre dos corrientes ideológicas reaccionarias y tóxicas. Por un lado, tenemos el islamismo reaccionario consagrado en el Estado militarizado de Pakistán, arraigado en la teoría de las dos naciones; y por el otro, tenemos el Hindutva, que ha tomado las riendas del poder en la India. Es importante entender cómo se llegó a esta situación.

Para la década de 1930, el control británico sobre la India se había debilitado hasta tal punto que necesitaba delegar más poderes a los indios para continuar su dominio. Los británicos dependían cada vez más de los servicios de grandes organizaciones comunitarias reaccionarias para contrarrestar la influencia de los partidos laicos. Entre estas organizaciones reaccionarias destacaban la Liga Musulmana y el Rashtriya Swayamsevak Sangh. Si bien el Partido del Congreso protestaba porque la India se veía arrastrada a otra guerra mundial, no había planes para una movilización a nivel nacional, como los anteriores «satyagrahas». Los acontecimientos los obligarían a llevar a cabo una movilización general en 1942, en el marco del movimiento «Quit India».

A lo largo de la década de los 40, la India experimentó una movilización prerrevolucionaria, primero con el movimiento «Quit India», luego con el levantamiento naval y el levantamiento juvenil de 1946. Sin embargo, con el Partido del Congreso declarado ilegal y sus líderes encarcelados, el gobierno británico dio rienda suelta a organizaciones reaccionarias dóciles como el RSS y la Liga Musulmana, respaldadas por la secta deobandi. Juntas lograron polarizar a la India a lo largo de líneas comunales religiosas entre hindúes y musulmanes. Los acontecimientos culminaron en los disturbios de la partición de 1946, que comenzaron en Calcuta. Pronto, la violencia se extendió por las llanuras del Ganges y llegó al Punjab, donde tuvieron lugar las matanzas más graves.

Las llamas del odio comunal finalmente alcanzaron el estado principesco de Cachemira. Aunque contaba con una población mayoritariamente musulmana, Cachemira había sido gobernada por los hindúes dogra desde la segunda guerra anglo-sij de 1849. Los dogra eran severos con sus súbditos, y Hari Singh no sería la excepción.

Al igual que en el resto del subcontinente, Cachemira fue escenario de agitaciones por parte de campesinos, trabajadores y, en particular, aparceros. En el período comprendido entre 1946 y 1947, la monarquía cachemir se embarcó en un programa de genocidio contra el campesinado gujar, en su mayoría musulmán. Esto no se debió simplemente a su religión, sino que fue una reacción contra el creciente poder de los campesinos y los trabajadores en el estado principesco. El poder de la monarquía se vio amenazado y respondió violentamente en el contexto de la partición.

Es poco conocido el hecho de que el RSS participó activamente en este genocidio de musulmanes en Cachemira, que probablemente costó la vida a 200 000 personas. Tanto la India como Pakistán reclamaron Cachemira; para Pakistán, era el carácter de mayoría musulmana de Cachemira lo que hacía que fuera «natural» unirse a Pakistán. Por parte de la India, se hizo hincapié en el hecho de que Cachemira estaba gobernada por un monarca hindú. Sin embargo, el maharajá Hari Singh optó por la neutralidad y la independencia.

Pakistán decidió atacar primero, movilizando una fuerza de milicias tribales para arrebatarse Cachemira al rey. La violencia de la monarquía contra los musulmanes fue correspondida por las milicias islámicas respaldadas por Pakistán, que mataron a miles de hindúes en Poonch y Mirpur. Al ver que sus fuerzas se desintegraban ante el ataque de las milicias tribales, el maharajá finalmente solicitó la adhesión a la India a finales de 1947. Así, sin haber transcurrido ni tres meses desde su

su independencia, la India y Pakistán se vieron envueltos en su primera guerra, por Cachemira.

Las guerras indo-pakistaníes:

La India y Pakistán han librado cuatro guerras hasta la fecha. De ellas, tres se libraron por Cachemira: la primera en 1947, la segunda en 1965 y la tercera en 1999.

La anexión de Cachemira no fue algo que sucediera en el vacío. La partición había dejado a la India desarticulada, pero con las provincias peninsulares y el corazón del país intactos. La mayor parte de las industrias del Raj británico, los grandes centros urbanos y la mayoría de los activos militares recayeron en la India. Pakistán contaba con dos provincias ricas en recursos —Bengala Oriental y Punjab Occidental— y un puerto estratégico en Karachi, pero esto no era suficiente para que una república incipiente como Pakistán pudiera hacer frente a la India.

A partir de 1947, la única área de expansión para estas dos naciones capitalistas jóvenes y ambiciosas eran los estados principescos. En el apogeo del Raj, aproximadamente un tercio de los territorios del Raj estaba compuesto por 500 estados principescos, algunos de los cuales eran grandes y ricos en recursos, como Cachemira e Hyderabad, y otros tan pequeños como un pueblo, como Satara. En vísperas de la independencia, los estados principescos se veían asediados por rebeliones campesinas y por la amenaza de una anexión militar directa, ya fuera por parte de la India o de Pakistán. La única opción realista era la adhesión a uno u otro. Sin embargo, Hyderabad y Cachemira buscaban mantenerse independientes.

Dado que la India se había apoderado de la mayoría de los estados principescos, a Pakistán solo le quedaban dos opciones de expansión.

Al oeste se encontraba el estado de Kalat, y al noreste, Cachemira. Habiendo perdido estados vitales como Junagarh, gobernado por un nawab musulmán, las islas de Lakshadwip, de mayoría musulmana, y todos los estados principescos del este, Jinnah creía que no podía permitirse perder también Cachemira. Este estado se encontraba en la cabecera del río Indo, vital para la agricultura de Pakistán; proporcionaba una frontera terrestre con China y podía

convertirse en un enlace con Asia Central, lo que lo hacía vital para el futuro comercio de Pakistán. Para la India,

Cachemira sería valiosa por sus recursos, su ubicación y su uso como ventaja frente a Pakistán.

Con los acontecimientos en torno a la partición, las acciones del rey contra el campesinado musulmán y su deseo de mantenerse independiente y neutral, se preparó el escenario para la primera guerra entre la India y Pakistán. El ejército pakistaní intervino indirectamente, mediante milicias tribales que organizaron un asalto contra las débiles fuerzas del rey, expulsándolo rápidamente de la región de Gilgit y amenazando la propia Srinagar. La situación solo se estabilizó a favor de la monarquía de Cachemira cuando intervino el ejército indio.

Durante el resto del año, los dos ejércitos se enfrentaron hasta llegar a un punto muerto. Esta guerra se caracterizó por el hecho de que

los comandantes británicos dirigían los ejércitos de ambos países, que en ese momento aún estaban vagamente vinculados a Gran Bretaña como dos dominios independientes. Los soldados y las víctimas de la guerra eran indios, pero el mando y el material eran británicos. El simbolismo insultante de esta guerra ha quedado en gran medida en el olvido.

El estancamiento en el frente militar condujo a un estancamiento en el frente político, donde ni la India ni Pakistán pudieron encontrar un terreno común para resolver la disputa.

El primer ministro de la India, Nehru, intentó llevar el asunto ante las Naciones Unidas con la esperanza de resolver la disputa. Esto no fue posible, y la resolución de la ONU sobre Cachemira —que ordenaba la celebración de un referéndum popular para decidir el futuro de Cachemira— se ha convertido desde entonces en letra muerta.

Las líneas del frente de la guerra permanecen hoy en día prácticamente intactas, convirtiéndose finalmente en la frontera entre la India y Pakistán, siguiendo los territorios que ambas partes se apoderaron en el transcurso de la guerra. Este fue el final de la primera guerra entre la India y Pakistán, y la primera guerra por Cachemira, pero no sería la última.

Alentado por el mal desempeño de la India en la guerra de 1962 contra China, Pakistán —entonces bajo una dictadura militar— intentó resolver la cuestión de Cachemira por medios militares una vez más. La Operación Gibraltar fue concebida por el ejército pakistaní para expulsar a las fuerzas de ocupación indias provocando una revuelta en Cachemira. Este plan fracasó estrepitosamente, pero impulsó al gobierno de la India a responder

militarmente. Se desató la guerra indo-paquistaní de 1965, la segunda vez que la India y Pakistán se enfrentarían por Cachemira.

El ejército paquistaní se modernizó con la ayuda de Estados Unidos, y el ejército indio, que acababa de iniciar su propio programa de modernización, se enfrentaría en las llanuras del Punjab y las montañas de Cachemira. Esta guerra sería testigo de una de las mayores batallas de tanques desde la Segunda Guerra Mundial. A pesar de los avances de la India, la guerra terminó en un empate y se negoció un alto el fuego con la ayuda de la Unión Soviética y los Estados Unidos de América. La guerra fue costosa: puso fin a un período de crecimiento económico en Pakistán y provocó una caída en picada del crecimiento de la economía de la India ese año. El costo de la guerra de Cachemira lo pagaron todos en el sur de Asia. Esta guerra también marcó la primera vez que los Estados Unidos de América dejaron su huella en el conflicto de Cachemira.

La guerra no logró ninguna solución política, pero sí cambió la situación militar a favor de la India y puso de manifiesto una gran debilidad en las capacidades militares de Pakistán. Agotado por los combates, Pakistán se quedó con municiones para solo dos semanas antes de que se declarara un alto el fuego. La modernización militar de la India continuaría, junto con la profundización de sus relaciones con la Unión Soviética. Al mismo tiempo, Pakistán entró en un período de crisis política y económica que culminaría en la guerra de liberación de Bangladés de 1971. La aniquilación de la Armada y la Fuerza Aérea pakistaníes, así como el debilitamiento de su Ejército, dejaron a la India como la potencia hegemónica militar y política indiscutible de la región.

La guerra dio lugar al Acuerdo de Simla de 1972, que buscaba regular la forma en que la India y Pakistán abordarían la cuestión de Cachemira, con el objetivo de convertir la línea de alto el fuego de 1971 en una frontera internacional. Este acuerdo quedó suspendido tras la escalada militar de mayo de 2025.

El dominio militar consolidado en 1971 ayudó a asegurar la hegemonía india sobre el sur de Asia. Poco después de la victoria en la guerra de 1971, la India adquirió armamento nuclear y probó su primera bomba nuclear en 1974, lo que la situó entre el selecto grupo de naciones con capacidad para desarrollar ojivas nucleares. Esto cambió para siempre la dinámica de las guerras en el sur de Asia y, a partir de ese momento, Pakistán se apresuraría a adquirir la misma tecnología. Las futuras guerras en el sur de Asia se librarían bajo el paraguas nuclear.

El año 1999 marcaría el inicio de lo que ha sido la era moderna del conflicto de Cachemira. Dos acontecimientos importantes tuvieron lugar antes de la guerra de Kargil: el inicio de la insurgencia en Cachemira en 1989 y la adquisición de armas nucleares por parte de Pakistán en 1998.

Para 1987, el control indio sobre la parte ocupada de Cachemira se había afianzado en gran medida. La Conferencia Nacional, que en su momento fue la principal organización de lucha de los cachemires, había capitulado por completo ante la India liderada por el Partido del Congreso. Las elecciones de ese año fueron fuertemente amañadas para garantizar que , los colaboradores dóciles de la India, la Conferencia Nacional liderada por Farooq Abdullah, salieran victoriosos. No era la primera vez que se manipulaban las elecciones para garantizar un resultado favorable a los intereses indios, pero sí sería la primera vez que tal manipulación daría lugar a una gran insurgencia armada popular, liderada en un principio por el Frente de Liberación de Jammu y Cachemira

(JKLF).

La respuesta de la India al levantamiento en enero de ese año fue de mano dura. La Operación Brass Tacks implicó el despliegue de cientos de miles de soldados en Cachemira, lo que dio lugar a una represión brutal que se cobró la vida de decenas de civiles. Esto simplemente echó leña al fuego; para 1990, grupos islamistas respaldados por Pakistán y formados por veteranos curtidos en la guerra soviética de Afganistán entraron en escena, y cambiaron el carácter de la insurgencia, que pasó de ser principalmente nacionalista a estar cada vez más dominada por reaccionarios islamistas. La insurgencia provocó un éxodo de pandits cachemires y le dio a los reaccionarios del Hindutva en la India un arma permanente para demonizar a los musulmanes cachemires y a los musulmanes indios en general.

Los esfuerzos del Estado indio no lograron aplastar la insurgencia en Cachemira. Al mismo tiempo, la India atravesó un período de caos político y económico a medida que se desmoronaba la hegemonía del Partido del Congreso, y una crisis de la balanza de pagos obligó a la India a solicitar préstamos del FMI y a abrir su economía. El entonces incipiente gobierno del BJP llevaba un año en el poder cuando el ejército pakistaní, bajo el mando del general Musharraf, elaboró planes para resolver la cuestión de Cachemira por medios militares. El resultado de esta planificación fue la operación Badr. El objetivo era tomar la ciudad estratégica de Kargil, en el distrito de Ladakh, flanquear las posiciones indias en Siachen y obligar a los indios a negociar un acuerdo en los términos de Pakistán.

El ejército pakistaní llevó a cabo esta operación bajo el pretexto de que los militantes contaban principalmente con armas pequeñas, sin apoyo aéreo ni artillería pesada, y luchaban contra posiciones indias atrincheradas a alturas insondables cerca del glaciar de Siachen.

La guerra costó la vida a casi 600 indios y, supuestamente, a hasta 5000 soldados paquistaníes. Sin embargo, podría haber sido peor.

Hacia el final de la guerra, Pakistán comenzó a desplegar ojivas nucleares en posiciones avanzadas, amenazando con utilizarlas contra la India. Ante esto, la India preparó al menos cinco misiles balísticos con ojivas nucleares como parte de su abrumadora doctrina de segundo ataque. Nadie en la India ni en Pakistán sabía en ese momento cuán cerca habían estado ambos países de un conflicto nuclear. Sería la primera vez desde el fin de la Guerra Fría que la amenaza de un conflicto nuclear asomaba la cabeza.

Esta amenaza de guerra nuclear persiste, mientras la India y Pakistán se enfrentan ante la posibilidad de otra guerra.

Los efectos del ascenso de la India:

Desde la independencia hasta 1971 se marcó el ascenso del poder político y militar de la India en la región. A principios de la década de 1970, la India se había asegurado la hegemonía militar sobre el sur de Asia. Con la adquisición de armamento nuclear en 1974, la India introdujo la dimensión nuclear en su conflicto con Pakistán. A partir de la década de 1980, el crecimiento económico de la India comenzó a despegar. El colapso del capitalismo de Estado indio y del sistema del Congreso no quebró al país ni lo debilitó, sino que creó las condiciones para expandirse más rápidamente que nunca. El auge del capitalismo indio le ha permitido convertir la hegemonía política y militar en hegemonía económica en la región.

Pakistán ha estado enfrascado en una competencia con la India desde su nacimiento, ya fuera en la lucha por los territorios de los estados principescos o en la carrera armamentista mutuamente destructiva con la India. Mientras que la India contaba con los vastos recursos de su interior y con centros industriales consolidados como Bombay y Calcuta, Pakistán tuvo que compensar esta desventaja mediante una explotación más despiadada de Bengala Oriental, Baluchistán y su parte de Cachemira. La competencia lo obligó finalmente a invertir en una segunda modernización militar en la década de los 80, que culminó con la adquisición de armamento nuclear en 1998.

Ese mismo año, el gobierno del BJP, recién elegido, llevó a cabo la segunda prueba nuclear de la India en Pokhran. Esto marcó un punto de inflexión en el conflicto de larga data entre la India y Pakistán: la hegemonía militar de la India que existía en ese momento llegó a su fin, y una guerra nuclear total se convirtió en una posibilidad muy real. Fue en estas condiciones que se libró la guerra de Kargil.

La victoria de la India en la guerra no condujo a una paz inmediata, ya que Pakistán continuó con su estrategia de intentar desestabilizar a la India a través de organizaciones reaccionarias islámicas patrocinadas por el Estado. La primera década del siglo XXI estuvo marcada por ataques terroristas en todo el país, pero con especial intensidad en Cachemira. Esta estrategia no logró

desestabilizar a la India ni frenar su creciente poder económico. La brecha entre la India y Pakistán no hizo más que crecer durante este período, y el PIB de la India pasó de ser cinco veces mayor que el de Pakistán a ser, en la actualidad, once veces mayor.

Sin embargo, los ataques terroristas islamistas les dieron a los capitalistas indios una excusa para construir un estado de vigilancia, reforzar sus fuerzas de seguridad, aumentar la represión en Cachemira y brindar a los reaccionarios del Hindutva una plataforma sobre la que construir su política. El poder económico de la India siguió creciendo, y con él su ansia de recursos.

Las empresas indias se convirtieron en una fuerza importante en África, el sudeste asiático y Europa. Por supuesto, el sur de Asia fue el foco principal del poder indio; su continua modernización militar fue de la mano con su avance hacia el interior del país, donde la India libró una guerra contra su propio pueblo en beneficio del capital minero y la industria siderúrgica.

Al estabilizarse nuevamente el control de la India sobre la Cachemira ocupada, se abrió el estado a inversiones en energía hidroeléctrica e infraestructura. Durante un tiempo, las relaciones entre la India y Pakistán mejoraron, pero no se vislumbraba ninguna solución. Cuando la crisis económica mundial de 2008 golpeó a la India, el Partido del Congreso, que parecía estar a punto de reconstruir su hegemonía sobre el país, se derrumbó. Una ola de huelgas, protestas y movilizaciones entre 2010 y 2014 derrocó una vez más al gran partido tradicional de la India, y parece que de manera permanente.

El capital indio cambió su preferencia del partido laico del Congreso al BJP, de tendencia hindutva. El capital indio se había estado expandiendo tanto a nivel interno como externo, y eligió a un partido que prometía ofrecer « crecimiento » a cualquier costo. El BJP se puso a trabajar para fortalecer la vigilancia, endurecer las leyes de seguridad represivas y socavar el parlamento y la democracia, lo que finalmente culminó en la derogación del Artículo 370, destruyendo los últimos vestigios de autonomía en la Cachemira ocupada por la India.

Esto abrió un nuevo capítulo en el conflicto de Cachemira y volvió a llevar a la India y a Pakistán por el camino del conflicto abierto. Este desarrollo no ocurrió de la nada, ni tampoco la llegada del BJP.

Las condiciones materiales que dieron origen al BJP y al surgimiento del dominio ideológico del Hindutva en la India tienen sus raíces en el auge del capitalismo indio. El motor del capitalismo indio es la despiadada proletarianización de su vasta población, la explotación cada vez más exhaustiva de los recursos del interior del país, junto con la constante sofisticación de su maquinaria militar.

El auge del capitalismo indio lo lleva a competir con otras fuerzas imperialistas de la región y más allá, principalmente con el imperialismo chino y estadounidense. La contienda política y militar contra Estados Unidos se resolvió en gran medida a favor de la India en la década de 1970, primero con la independencia de Bangladés y la destrucción de las fuerzas armadas pakistaníes, y luego con la adquisición de armas nucleares.

Por lo tanto, la competencia entre la India y Estados Unidos pasa a un segundo plano frente a la contienda de la India con China. A pesar de que China cuenta con una ventaja enorme sobre la India en poderío económico y militar, la India sigue siendo una fuerza capaz de desafiar a China. Esto se manifiesta de la forma más evidente en su conflicto con Pakistán por el control de Cachemira.

Pakistán había sido históricamente un aliado de Estados Unidos en la región, un eje contra la Unión Soviética y, posteriormente, una base estratégica para ejercer influencia en Asia Meridional y Asia Central. Ahora que Estados Unidos ha hecho las paces con la India, Pakistán se ve obligado a depender casi exclusivamente de China. Hoy en día, los gobernantes de Pakistán han convertido a su país en una extensión del poder militar chino. China está comprometida con contener o limitar el ascenso de la India, y Pakistán busca garantizar que se frustre la hegemonía absoluta de la India.

En represalia, la India no solo está fortaleciendo su poderío militar — convirtiéndose en el mayor importador de armas del mundo—, sino que también está forjando alianzas con los rivales de China, en particular con Japón, Vietnam y Estados Unidos. El conflicto por Cachemira ya no se limita únicamente al sur de Asia, ni es un asunto que se restringirá a la India y Pakistán. Se trata del punto de ignición de un conflicto mucho más amplio en el que están involucradas la superpotencia emergente de China y una potencia imperialista emergente como la India.

Cómo el conflicto puede escalar: (Escalada en curso y su impacto, y un escenario hipotético de lo que podría suceder, las posibilidades de una guerra mundial, el papel de EE. UU. en Cachemira)

Los ataques militares mutuos entre la India y Pakistán no se intensificaron hasta convertirse en una guerra total. Se declaró un alto el fuego que puso fin a los combates, supuestamente mediado por Trump y su gabinete. El alto el fuego se produjo tras una batalla aérea a gran escala entre la India y Pakistán, seguida de ataques masivos con misiles por parte de la primera contra bases del ejército y la fuerza aérea de Pakistán. Es posible que ambas fuerzas estuvieran preparando su arsenal nuclear y estuvieran a punto de desplegar tropas terrestres en la frontera.

Tenemos la suerte de que no haya ocurrido lo peor, pero no hay razón para ser complacientes con la situación actual. La cadena de eventos desde el ataque

terrorista del 26 de abril y los ataques cada vez más intensos del 7 de mayo nos muestran un anticipo de cómo podría comenzar una guerra. Los conflictos históricos entre la India y Pakistán muestran un patrón de cómo pueden actuar las potencias externas, ya sea para prolongar el conflicto o para expandirlo.

La respuesta militar a un ataque terrorista no era algo nuevo; el gobierno del BJP ya había llevado a cabo ataques aéreos en Balakot en 2019. Esto fue en respuesta a un ataque contra la fuerza paramilitar india CRPF en Pulwama por parte de militantes de Jaish-e-Mohammed, en el que murieron decenas de soldados indios.

Los ataques aéreos indios provocaron una represalia pakistaní que resultó en el derribo de una aeronave india obsoleta y la captura de un piloto, quien posteriormente fue devuelto. Según todos los indicadores, los ataques aéreos indios fueron un fracaso militar y táctico, pero representaron un gran éxito político para el BJP, que los utilizó para demostrar su fuerza y movilizar a su base reaccionaria. La propaganda en torno a los ataques aéreos ayudó al BJP a asegurar una mayoría calificada en el parlamento.

Los ataques aéreos del 7 de mayo fueron diseñados para ser similares a los de Balakot, pero a una escala mucho mayor, atacando supuestas infraestructuras terroristas a lo largo de la frontera. Independientemente de si alguno de sus objetivos tenía valor militar o no, la Fuerza Aérea de la India lanzó un abrumador ataque aéreo y con misiles contra Pakistán, que volvió a ser respondido con represalias por parte de la Fuerza Aérea de Pakistán. Esta represalia resultó en el derribo de al menos un avanzado avión de combate indio Rafael, presuntamente por un avión de combate JC-10 de fabricación china. La escalada no se detuvo ahí; durante los siguientes cuatro días, ambas partes maniobraron sus tropas, la India continuó con intensos ataques con misiles y artillería a lo largo de la frontera, y decenas de civiles de ambos lados perdieron la vida.

Esta escalada no tenía precedentes. Desde la guerra de Kargil, la posibilidad de una guerra en el subcontinente nunca había estado tan cerca como lo estuvo durante las dos primeras semanas de mayo de este año. Esto pudo suceder precisamente debido a las condiciones políticas actuales tanto en la India como en Pakistán, con un gobierno reaccionario de Hindutva en la India y el ejército al mando de Pakistán. El partido gobernante de la India, el BJP, busca una forma de revertir su hegemonía en declive sobre la política india utilizando la agresión militar para movilizar a su base reaccionaria. Esto tuvo éxito inicialmente, pero se desvaneció una vez que se anunció el alto el fuego. Es casi seguro que lo volverán a intentar.

Por otro lado, los militares paquistaníes buscaban legitimar su gobierno profundamente impopular. La escalada militar del BJP, en esencia, les entregó una victoria política en bandeja. La amenaza de guerra podría permitirle al

ejército paquistaní señalar al enemigo externo para desviar la atención de los problemas internos, una economía en crisis y el fortalecimiento del Movimiento de Liberación de Baluchistán.

Tan inesperada como fue la escalada militar, igualmente inesperado fue el repentino anuncio de un alto el fuego. Es muy poco probable que Trump o su gabinete hayan desempeñado un papel importante en esto; fueron los saudíes quienes mantuvieron los esfuerzos de mediación a lo largo de la crisis.

Al final, se aceptó un alto el fuego, pero los términos o condiciones siguen siendo un misterio. La realidad es que la India tenía muy pocas razones para aceptar cualquier alto el fuego, a pesar de los llamamientos de Pakistán y China pidieran una distensión. Es probable que la próxima ronda de escalada militar —que es prácticamente inevitable si el BJP consigue otro mandato— no termine hasta llegar a una guerra total, en la que las operaciones terrestres a gran escala se vuelvan inevitables.

La mayor probabilidad de que se lleve a cabo una operación de este tipo podría ser alrededor de marzo o mayo de 2026, cuando se celebren las elecciones en Bihar y Bengala Occidental, o en 2029, cuando se celebren las elecciones nacionales. Si el fiasco de Balakot sirve de referencia, el BJP intentará demostrar su fuerza tomando a Pakistán como blanco. Hasta ahora, las fuerzas armadas indias han sido un socio dócil en las maniobras políticas del BJP, aceptando cualquier ataque de escalada que este haya ideado. El ejército paquistaní no se quedará de brazos cruzados. Ante un ataque aéreo indio, o una incursión, responderá con mayor fuerza, tal como lo hizo durante el ataque a Balakot y el 7 de mayo. Es esencial para el ejército de Pakistán demostrar que puede proteger a sus ciudadanos, incluso si no puede hacerlo, incluso si sus políticas contribuyen directamente a un conflicto en primer lugar.

Para el ejército de Pakistán, la guerra es un regalo político, aunque se convierta en una pesadilla económica. Si bien la India saldría beneficiada de una guerra de desgaste a largo plazo, las fuerzas armadas de Pakistán desean un conflicto rápido y relativamente barato, con objetivos y victorias limitados, que luego pueda presentar como una victoria ante la opinión pública nacional. Una guerra de desgaste beneficiaría al partido gobernante de la India, que podría aprovecharla para desmantelar más espacios democráticos dentro del país y reprimir con mayor dureza las protestas y la disidencia.

Como se explicó anteriormente, la guerra en Cachemira es un frente dentro de un escenario más amplio de competencia interimperialista, entre la India y China por un lado, y entre China y Estados Unidos por el otro. India se está alineando cada vez más con el bloque liderado por Estados Unidos en Asia, al tiempo que mantiene su alineamiento con Rusia e Irán, todo ello en un esfuerzo

por rodear y contener el ascenso de China. Del mismo modo, China está invirtiendo fuertemente en Pakistán como eje de contrapeso frente a India.

Una guerra con Pakistán podría entonces expandirse a una guerra más amplia en todo el continente asiático, involucrando a las superpotencias de China y Estados Unidos. Incluso si no se expande hasta ese punto, sigue siendo muy posible que la guerra entre India y Pakistán se convierta en una guerra entre la India y China, que será increíblemente destructiva para los pueblos de Asia en su conjunto, y particularmente para el sur de Asia.

La amenaza de una guerra nuclear y de una guerra mundial es muy real; la dinámica de las superpotencias que compiten a través de representantes o aliados en el sur de Asia ya ocurrió una vez antes, en 1971, y puede volver a suceder. Solo que esta vez, tanto la India como Pakistán cuentan con armas nucleares, y de enormes ejércitos convencionales.

El impacto de la guerra en las masas trabajadoras de ambos bandos:

(Mayor vigilancia, represión de los derechos democráticos, mayor opresión contra los cachemires, los baluchis, las tribus del centro de la India y las minorías).

Los ataques aéreos y los bombardeos de artillería a través de la frontera causaron la muerte de unos setenta civiles en cada bando. Tanto en la India como en Pakistán, el pánico ante la repentina amenaza de guerra llevó a los especuladores a comenzar a acaparar productos de primera necesidad. El impacto en Pakistán fue mayor como consecuencia del cierre de su espacio aéreo. Aún está por verse el impacto indirecto del cierre por parte de la India del flujo normal de agua hacia la cuenca del valle del Indo, pero la interrupción causada por la guerra fue solo un leve anticipo del impacto que tendría una guerra en toda regla.

Inmediatamente después del ataque del 26 de abril, una represión en Cachemira que dejó más de 1 500 personas detenidas, docenas de viviendas voladas por el ejército y ataques esporádicos contra musulmanes cachemires dentro de la India. En Pakistán, el ejército aprovechó esta emergencia para aplicar la Ley del Ejército de Pakistán, que permitía a los tribunales militares juzgar a civiles. Ambos países impusieron una censura generalizada sobre las redes sociales.

Lejos de la mirada de los medios y del público, la India intensificó sus operaciones contra los naxalitas en el centro del país, lo que resultó en masacres de cuadros naxalitas y el asesinato del secretario general del CPI (maoísta). Al mismo tiempo, Pakistán intensificó su represión contra los baluchis, quienes habían estado intensificando su agitación a favor de la independencia de Baluchistán.

El panorama que se presenta deja en claro que la amenaza de guerra será utilizada por los regímenes capitalistas reaccionarios de ambos lados para justificar una represión cada vez mayor. Las fuerzas del Hindutva se movilizaron en apoyo del BJP y de la inminente guerra con Pakistán. Aunque no llegamos a una guerra total, está claro que, de haber llegado a estallar, se habría utilizado para justificar las peores medidas represivas en ambos países.

Los sentimientos antibélicos en la India no se materializaron en una movilización a gran escala contra la propaganda bélica reaccionaria del BJP; por el contrario, todos los partidos de oposición, incluido el estalinista CPI(M) y sus aliados, se pronunciaron en apoyo al gobierno del BJP. No se cuestionaron las fallas de seguridad, ni se cuestionaron las evidentes violaciones a los derechos humanos que ocurrieron durante la represión.

No se cuestionaron las docenas de muertes de civiles que causó la India, ni las que causó Pakistán en represalia.

Igualmente clara es la división de clase en las muertes: las de los turistas de clase media alta en el ataque de Pahalgam fueron noticia de primera plana, pero las de docenas de campesinos y trabajadores que vivían a lo largo de la frontera entre la India y Pakistán fueron prácticamente borradas de la narrativa de los medios. Las muertes de trabajadores y campesinos fueron tratadas como daños colaterales.

La escalada y el repentino alto el fuego resultaron en una victoria política para el ejército de Pakistán, aunque requirió un préstamo de emergencia de casi 3 mil millones de dólares, lo que profundizó la explotación imperialista del país. El ejército sigue presentándose como el salvador de Pakistán, incluso cuando vendió a su país, y el futuro de los trabajadores y campesinos de Pakistán, para librar su guerra.

India, y en particular el BJP, salió peor parada políticamente, pero el impacto económico fue mínimo. La escalada le ha dado al gobierno del BJP la oportunidad de intensificar la represión, reforzar la propaganda reaccionaria y continuar con la política de «divide y vencerás».

Nuestra postura:

Los socialistas revolucionarios deben ver esta guerra como lo que es: una guerra reaccionaria por el control de Cachemira. Una guerra que no trae más que beneficios para la clase dominante, y nada más que miseria y represión para los trabajadores y campesinos. En este sentido, los trabajadores de la India y Pakistán se enfrentan a un enemigo similar: aquel que, desde dentro de sus propios países, los lleva a la guerra y libra sus juegos geopolíticos sobre las tumbas de los trabajadores y campesinos. Ni en la India ni en Pakistán se debe depositar confianza alguna en las fuerzas armadas, que no son más que

asesinos glorificados del Estado capitalista. No están ahí para «protegernos», están ahí para proteger al capital.

Tanto la India como Pakistán libran guerras para profundizar o expandir su ocupación sobre los pueblos oprimidos, ya sean baluchis, adivasi de Chhattisgarh o cachemires. Una propaganda implacable nos enseña desde la infancia a saludar a las tropas, a venerarlas como héroes, sin darnos cuenta de que las mismas armas que apuntan al «enemigo al otro lado de la frontera» se volverán contra nosotros cuando la clase dominante se vea amenazada. Por eso, no solo nos oponemos a la guerra entre la India y Pakistán, ¡sino que nos oponemos a su base misma!

¡DEFENDEMOS LA AUTODETERMINACIÓN DE CACHEMIRA, HASTA LA INDEPENDENCIA!

¡NOS SOLIDARIZAMOS CON EL PUEBLO OPPRIMIDO DE BALUCHISTÁN Y CON LOS ADIVASIS DEL CENTRO DE LA INDIA!

¡NOS OPONEMOS A LAS FUERZAS ARMADAS DE LA INDIA Y DE PAKISTÁN!

¡ABAJO EL BJP HINDUTVA!

¡ABAJO EL EJÉRCITO DE PAKISTÁN!

=====

====

La Resistencia Masiva de Primavera en Jammu y Cachemira

(El siguiente artículo fue escrito por Mehnatkash Tehreek, de Pakistán, después de que la ola de protestas se apoderara de la Cachemira ocupada por Pakistán [POK] en septiembre de 2025)

El 29 de septiembre de 2025, se impuso un apagón total y medidas de seguridad estrictas en Jammu y Cachemira, bajo administración pakistaní. Sin embargo, la gente se negó a aceptar el silencio. Lo que comenzó en 2023 como protestas contra la inflación y los precios de la harina y la electricidad se había transformado, para septiembre de 2025, en un movimiento popular de amplia base con una agenda de 38 puntos. El Comité Conjunto de Acción Popular presentó demandas claras y bien organizadas, oponiéndose al poder, los privilegios y la exclusión política. El gobierno respondió con presión, recortes y violencia por parte de las fuerzas de seguridad. Se cortaron los servicios de telefonía celular e Internet; se interrumpió la difusión de noticias; se bloquearon las carreteras. Se enviaron fuerzas paramilitares desde Pakistán, lo que provocó al menos nueve mártires y decenas de heridos en los enfrentamientos. Sin embargo,

esta opresión no pudo sofocar el movimiento: puso al descubierto la debilidad del sistema y el desprecio del Estado por los derechos fundamentales.

Tácticas del Estado para quebrantar el movimiento de masas Al inicio del movimiento, en lugar de enfrentarse directamente al pueblo, el Estado desplegó a un partido de derecha (la Conferencia Musulmana). La razón principal era que una confrontación directa con millones de personas podría ser peligrosa para el Estado. Por lo tanto, respaldado por el poder estatal y utilizando grupos leales o títeres, se incitaron enfrentamientos y se disparó contra civiles inocentes y desarmados. A pesar del derramamiento de sangre, el Estado trató de ocultar sus crímenes. Se utilizaron matones de derecha para atacar al pueblo, y cuando los manifestantes respondían, se les tildaba de extremistas o enemigos del Estado, justificando así el uso de la fuerza excesiva. Este ambiente fue observado cuidadosamente para evaluar el alcance del apoyo público y la tolerancia ante la represión, midiendo esencialmente el nivel de resistencia. Para dividir la unidad, el Estado intentó presentar las protestas pacíficas como extremismo a fin de debilitar la solidaridad del pueblo. Los trabajadores de Cachemira deben comprender que esos grupos de extrema derecha sobreviven gracias al apoyo del establishment. Su uso ayuda al Estado a presentarse como guardián de la ley y el orden, mientras que retrata al pueblo como agitadores y alborotadores. Lenin y Trotsky dijeron en una famosa frase: «El Estado utiliza a las fuerzas reaccionarias y antiguas como escudos para aplastar la energía revolucionaria o la resistencia de los pueblos oprimidos». Cuando el pueblo se opuso firmemente a estas tácticas, los matones a sueldo y las fuerzas de seguridad se vieron obligados a retirarse; incluso soldados y oficiales abandonaron sus armas y huyeron. La fuerza de la resistencia juvenil hizo temblar al Estado, lo que llevó a que se invitara al Comité Conjunto de Acción Masiva a las negociaciones. Lo que logró el pueblo El 4 de octubre, el gobierno de Pakistán firmó un acuerdo con el Comité Conjunto de Acción Masiva (JAAC), con el objetivo de poner fin a la tensa situación que se había generado en Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, durante los últimos días. Tras las discusiones, ambas partes llegaron a un acuerdo para poner fin rápidamente al movimiento en curso. Disposiciones clave del acuerdo: • Se presentarán informes preliminares (FIR) sobre las víctimas y los enfrentamientos. • Los FIR relacionados con los incidentes del 1 y 2 de octubre de 2025, que hayan causado muertes o lesiones a miembros de las fuerzas de seguridad y a manifestantes, se registrarán en virtud de la Ley Antiterrorista, y se nombrará una comisión judicial cuando sea necesario. Las víctimas de los incidentes del 1 y 2 de octubre recibirán una indemnización equivalente a la otorgada al personal de las fuerzas de seguridad. Las personas heridas recibirán 1 millón de rupias en concepto de indemnización, y a un familiar de cada mártir se le asignará un empleo en el sector público en un plazo de 20 días. • Los FIR relacionados con los incidentes en Banjosa (21 de septiembre),

Muzaffarabad(30 de septiembre y 1 de octubre), Ploek (1 de octubre), Dhirkot (1 de octubre), Mirpur (2 de octubre) y Rawalkotli (1 de octubre) se remitirán a una comisión judicial encabezada por un juez de un tribunal superior. • Las personas detenidas entre el 2 y el 3 de octubre en Islamabad y Rawalpindi serán puestas en libertad. Reformas en educación y en el gabinete: • Se establecerán dos juntas educativas adicionales para las divisiones de Muzaffarabad y Poonch, y las tres juntas de Jammu y Cachemira bajo administración pakistaní quedarán vinculadas a la Junta Federal de Educación Intermedia y Secundaria. • Las admisiones en las instituciones educativas se realizarán de manera abierta y con base en el mérito.

- El gobierno de Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, liberará fondos para las tarjetas de salud en un plazo de 15 días.
- Se proporcionarán equipos de resonancia magnética (RM) y tomografía computarizada (TC) en cada distrito con financiamiento federal.
- El gabinete de Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, se limitará a 20 ministros o asesores, y el número de secretarios administrativos no superará los 20.
- La Defensa Civil se fusionará con la Autoridad Estatal de Gestión de Desastres (SDMA).
- La Oficina Anticorrupción y el Organismo Anticorrupción se fusionarán en un solo organismo, regido por la Ordenanza de la NAB.

10 mil millones de rupias para energía e infraestructura:

- El gobierno federal destinará 10 mil millones de rupias a la mejora del sistema eléctrico en Azad Cachemira.
- Se realizarán estudios de viabilidad para la construcción de túneles en Kori/Kamser (3,7 km) y Chiplani (0,6 km) en la carretera del valle de Neelum, proyectos priorizados por el Fondo de Desarrollo de Arabia Saudita.
- En el marco del Proyecto de Elevación de la Presa de Mangla, se regularizará la ocupación de tierras de las familias de Mirpur en un plazo de 30 días.
- Se implementarán proyectos hidroeléctricos de acuerdo con la decisión del Tribunal Superior de 2019.
- En el presente año fiscal se llevarán a cabo estudios de viabilidad para planes de abastecimiento de agua en diez distritos.
- Se revisará la política de transporte, especialmente en lo que respecta al uso de vehículos de 1300 cc.

Revisión de los escaños para refugiados:

Se formará un comité de alto nivel para revisar el tema de los escaños destinados a quienes provienen de fuera de las circunscripciones de Jammu y Cachemira administradas por Pakistán (es decir, los 12 escaños para refugiados). Este comité incluirá a representantes del gobierno federal, el gobierno de Jammu y Cachemira bajo administración pakistaní y dos expertos jurídicos del JAAC.

«Hasta que el comité presente su informe final, se suspenderán todos los fondos, privilegios y ministerios relacionados con estos escaños».

Enmiendas a la Ley de Gobierno Local:

- La actual ley de gobierno local se armonizará con la ley original de 1990 y con las decisiones de la Corte Suprema en un plazo de 90 días.

Proyectos de salud, agua y desarrollo:

- Se asignarán fondos del ADP para el funcionamiento de quirófanos y guarderías en los hospitales de las sedes de los tehsil.
- Se proporcionarán fondos para la construcción de puentes en Gulpor y Rehman (Kotli).
- Los sistemas de abastecimiento de agua y las líneas de transmisión en Daddapani (Dadyal) se financiarán a través del ADP.
- Se otorgarán derechos de propiedad a los refugiados de la colonia de Mandar (Dadyal).
- El impuesto sobre la transferencia de bienes se ajustará al nivel de Punjab o Khyber Pakhtunkhwa en un plazo de tres meses.
- Se reducirá el impuesto anticipado de manera similar a lo que ocurre en Gilgit-Baltistán y en las antiguas regiones de las FATA.
- El cronograma del proyecto para el Aeropuerto Internacional de Mirpur se establecerá dentro del año fiscal actual.

Comité de Seguimiento e Implementación

Se establecerá un Comité de Seguimiento e Implementación para supervisar la aplicación del acuerdo, integrado por representantes del gobierno federal, el gobierno de Jammu y Cachemira bajo administración pakistaní y el JAAC.

Entre los miembros clave del comité se encuentran:

- Los ministros federales Tariq Fawad Chaudhry y Aamer Maqam
- Dos representantes del gobierno de Jammu y Cachemira bajo administración pakistaní
- Tres representantes del JAAC

El comité establecerá plazos para resolver disputas, definir procedimientos y ejecutar cada decisión.

«También revisará los privilegios y facilidades existentes otorgados al poder judicial, a los funcionarios gubernamentales y a los ministros, ajustándolos a un nivel razonable».

Crisis constitucional en Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán

Antecedentes históricos

Tras la partición de 1947, se estableció Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, comúnmente conocida como Azad Jammu y Cachemira. Sin embargo, en lugar de ser un estado independiente o verdaderamente democrático, esta región siempre ha permanecido bajo la influencia directa de Pakistán. La Constitución provisional de 1974, que funciona como una ley, constituye el marco jurídico básico de este estado, pero ha suprimido continuamente la auténtica autonomía y los derechos de autodeterminación del pueblo cachemir.

En virtud de esta ley, el Consejo de Cachemira, dominado por las autoridades pakistaníes y el primer ministro de Pakistán, tiene autoridad decisiva sobre las finanzas, la administración, la defensa, las relaciones exteriores y las comunicaciones. La llamada Asamblea de Azad tiene competencias limitadas y no puede aprobar leyes sobre estos asuntos. Cualquier fuerza o partido político que no acepte la idea de la adhesión a Pakistán tiene prohibido participar en las elecciones.

Crisis actual

El 29 de septiembre, a convocatoria del JAAC, millones de personas manifestaron su unidad en torno a los 12 escaños reservados en la Asamblea Legislativa de Pakistán para los refugiados de Jammu y Cachemira, junto con otros 37 temas relacionados con los derechos fundamentales. Estos 12 escaños están destinados a los refugiados que residen en Pakistán, y han sido objeto de un importante debate político durante años.

Los círculos públicos y diversos movimientos han cuestionado repetidamente el papel y la legitimidad de estos escaños. Dado que la mayoría de los representantes elegidos para estos escaños son candidatos de los principales partidos políticos pakistaníes con poca conexión directa con los asuntos locales de Jammu y Cachemira, estos partidos suelen utilizarlos para aumentar su mayoría en la asamblea. Estos escaños suelen suscitar dudas sobre el derecho del pueblo a la autodeterminación y a la autonomía local. Los representantes elegidos con apenas unos cientos de votos gastan grandes presupuestos en lujos para ellos mismos y sus patrocinadores, y se consideran con derecho al 25 % de la cuota administrativa del estado. Esto está alterando el papel

subordinado del estado en Jammu y Cachemira, y, incluso antes de la independencia, el equilibrio demográfico ya se había visto alterado.

Crítica al liderazgo

Si bien defendemos al JAAC de Jammu y Cachemira, en ocasiones también criticamos a su liderazgo central. Creemos que la crítica honesta es el mejor enfoque, ya que pone a prueba cada perspectiva y estrategia y adopta posiciones de acuerdo con la capacidad, basadas en una comprensión fundamentada en principios.

El JAAC fue fundado en 2023 por activistas de comités que llevaban años luchando por los derechos fundamentales y democráticos en todos los distritos y tehsils. Sentían la necesidad urgente de una coalición central que coordinara sus luchas en torno a temas comunes. Sin una conferencia formal, los activistas de cada distrito enviaron de tres a cuatro representantes para formar un comité organizador que sincronizara los subcomités locales con la JAAC central. Se acordó que se incluirían representantes de todos los niveles para construir un comité sólido.

Sin embargo, el liderazgo, influenciado principalmente por comerciantes y partidos nacionalistas de segundo nivel con un enfoque centralista, ha mantenido una falta de certeza y busca mantener intacta la estructura de la JAAC sin la participación de las bases. Antes de este movimiento, durante aproximadamente un año y medio, se celebraron conferencias en todo Jammu y Cachemira bajo la consigna «Derecho a la gobernanza y a la propiedad», sin resoluciones, en las que se glorificaban los éxitos del pasado pero carecían de una estrategia clara para nuevas luchas.

Durante estas conferencias, cuando activistas progresistas propusieron ideas como el establecimiento de asambleas populares en aldeas y pueblos basadas en la cuestión de Cachemira, la crisis constitucional y otros temas, con disposiciones para la destitución de líderes y la igualdad salarial para los trabajadores, la dirección difundió propaganda según la cual los subcomités tenían como objetivo dividir el movimiento. En consecuencia, el 29 de septiembre de 2025 se anunció un cierre total sin una movilización pública organizada.

Mientras tanto, cuando el Estado comenzó a incitar ataques contra la población en Muzaffarabad y otros lugares a través de la Conferencia Musulmana de derecha, el movimiento convocó una larga marcha pacífica hacia Muzaffarabad. El Estado utilizó a sus representantes y su maquinaria en distritos como Mirpur y Bagh, lo que provocó el martirio de jóvenes manifestantes que se defendieron; tras ello, los atacantes abandonaron sus armas y huyeron o fueron arrestados.

Al darse cuenta de la gravedad de la situación, el Estado invitó rápidamente a los líderes del JAAC a negociar. Los líderes insistieron en conversaciones directas con el gobierno pakistaní porque los representantes de la asamblea, debido a las protestas, habían perdido su legitimidad para gobernar, y las negociaciones se llevaron a cabo en torno a las demandas mencionadas anteriormente. Parece que el acuerdo alcanzado requerirá que la gente vuelva a salir a las calles para garantizar su implementación.

Acontecimientos posteriores al movimiento

Durante el movimiento, en el momento de la firma del acuerdo entre el JAAC y el gobierno pakistaní, participaron simbólicamente dos miembros de la Asamblea Legislativa de Jammu y Cachemira y tres miembros del JAAC.

A raíz de esto, todas las decisiones políticas y administrativas a nivel central, de distrito y de tehsil deberían haber contado con la participación de miembros del JAAC como partes interesadas, pero esto no ocurrió; la responsabilidad recae en la dirección central del comité. El Estado está endureciendo sistemáticamente su control sobre los activistas que desempeñaron un papel activo en el movimiento. Muchos jóvenes, detenidos con el pretexto de poseer armas incautadas a las fuerzas de seguridad, son en su mayoría quienes lucharon para proteger a otros de la violencia y se enfrentaron a las fuerzas de seguridad.

El Estado está deteniendo a estos jóvenes para debilitar el movimiento y atacar a los líderes de los subcomités que intentan impulsarlo. Por lo tanto, es esencial que el JAAC convoque conferencias de defensa a nivel de distrito y de tehsil, otorgando a cada comité local el derecho a enfrentar la represión estatal con resistencia popular, con el apoyo de otros comités apoyo.

Campaña por una Asamblea Revolucionaria / Constituyente

Hemos enfatizado repetidamente que las luchas de la clase trabajadora implican cuestiones constitucionales. Desde una perspectiva socialista, la lucha solo es posible si adoptamos una postura revolucionaria respecto a la cuestión democrática —es decir, defender todas las demandas democráticas y luchar por su implementación revolucionaria, incluida la cuestión constitucional.

La consigna de una Asamblea Constituyente ha desempeñado históricamente un papel central en las luchas democráticas revolucionarias, incluso durante revoluciones burguesas como la Revolución Francesa de 1789, las Revoluciones Europeas de 1848 y las Revoluciones Rusas de 1905 y 1917. Los escritos de Marx, Engels y Lenin dan testimonio de ello. Muchas revoluciones posteriores también reconocieron este papel.

En esencia, una Asamblea Constituyente es una institución elegida exclusivamente para redactar y decidir sobre la constitución del Estado. Es un

espacio donde los representantes de las clases en conflicto presentan sus programas sobre cómo debe gobernarse la sociedad. Por lo tanto, una Asamblea Constituyente es la forma más «radical» de democracia burguesa, ya que involucra a las clases trabajadoras en los debates sobre la estructura política y económica de la sociedad.

Los marxistas no creen que un sistema socialista pueda establecerse pacíficamente solo a través de tales asambleas. La abolición del gobierno capitalista y la expropiación de su propiedad son cuestiones que, en última instancia, se resolverán mediante un conflicto armado entre las clases dominantes y las oprimidas.

Sin embargo, esto no significa que los marxistas deban ignorar tales instituciones. Apoyamos el uso de todas las instituciones posibles para presentar un programa revolucionario completo para el cambio social. Tales luchas pueden ayudar a mostrar a las masas que estas instituciones no pueden resolver los problemas fundamentales de la sociedad.

Para que una Asamblea Constituyente sea más democrática y revolucionaria, los marxistas proponen que los representantes sean elegidos a partir de asambleas populares locales, que puedan ser destituidos en cualquier momento por sus votantes y que reciban únicamente salarios equivalentes a los de los trabajadores calificados.

Los recientes acontecimientos mundiales y las experiencias históricas demuestran que las consignas revolucionarias, especialmente el llamado a una Asamblea Constituyente, pueden presentarse de dos maneras: revolucionaria y reformista. Las demandas democráticas reformistas apelan a los Estados burgueses y enfatizan las vías parlamentarias, evitando movilizar a la clase trabajadora y a las masas. Por lo general, los llamados reformistas y centristas a una Asamblea Constituyente son promovidos por las clases dominantes, quienes convocan dichas asambleas, lo que las lleva a servir como herramientas del dominio burgués.

En contraste, los llamamientos revolucionarios exigen una Asamblea Constituyente bajo el control de las masas revolucionarias —organizadas en comités de acción y milicias armadas—. Dicha asamblea sería producto de un levantamiento revolucionario, en el que la clase trabajadora detente el poder o, al menos, exista una situación de doble poder.

¿Cuándo plantean los marxistas la consigna de una Asamblea Constituyente revolucionaria?

Creemos que no se trata de una consigna universal aplicable en todos los países o situaciones. Nuestra posición respecto a esta consigna es:

«En circunstancias en las que las cuestiones fundamentales de la soberanía política están en la agenda, y las masas aún no son conscientes de que los consejos democráticos de trabajadores son superiores a una Asamblea Constituyente, una consigna revolucionaria a favor de una Asamblea Constituyente puede ser relevante. Los comunistas bolcheviques apoyan que los representantes estén bajo el control del pueblo y puedan ser destituidos en cualquier momento. Dicha asamblea no debe ser una herramienta de la clase dominante, sino que debe ser convocada a través de un gobierno revolucionario de los comités de trabajadores y del pueblo ».

Por lo tanto, proponemos plantear este lema cuando las luchas o los sistemas políticos capitalistas pongan en primer plano cuestiones democráticas fundamentales. Esto podría ocurrir en países con juntas militares o gobiernos semiburgueses como

el bonapartismo, o donde la lucha de la clase trabajadora ponga de manifiesto problemas constitucionales.

Hasta que los trabajadores y las clases populares comprendan las ilusiones de la democracia burguesa, los marxistas deben promover el lema de una Asamblea Constituyente revolucionaria en estas circunstancias.

El coraje del movimiento revolucionario y por los derechos del pueblo no solo ha inspirado al pueblo de Cachemira, sino que también ha fomentado un sentido de unidad entre el pueblo de Pakistán, que lucha contra la opresión y por cuestiones democráticas. Están convencidos de que, si las masas se unen en su lucha por los derechos, los gobernantes no tendrán suficiente poder para usurpar los derechos del pueblo.

Nuestros amigos y conocidos en las redes sociales, haciendo caso omiso de la propaganda contra Pakistán, felicitan repetidamente por las victorias y se comprometen a organizar aún más el movimiento dentro de Pakistán en defensa de sus derechos. Para preservar los logros del movimiento, es crucial seguir ejerciendo presión desde las aldeas y los pueblos.

Durante el movimiento, se deben compartir las experiencias y plantear, a través de los comités comunitarios, las demandas de mujeres y hombres, los problemas rurales y urbanos, así como la necesidad de mercados a nivel de distrito y hospitales generales completos.

Este proceso solo es posible cuando los comités públicos participan conscientemente en cada etapa. Bajo el centralismo democrático, cada campaña debe decidirse mediante votación, y se debe procurar alcanzar un consenso o, en su defecto, dar prioridad a la decisión de la mayoría — independientemente de si los organizadores pertenecen a la minoría—; esta es la mejor manera de fomentar la igualdad, la humildad y la unidad entre el pueblo.

Todo esto debe implementarse a través de Asambleas Populares a partir de las aldeas y pueblos, con esfuerzos por organizar comités de trabajadores dentro de sus instituciones. Cada Asamblea Popular debe hacer campaña enérgicamente contra la ley constitucional parcial de Jammu y Cachemira bajo administración de Pakistán, especialmente las restricciones a la participación en las elecciones, y difundir la importancia de una Asamblea Constituyente revolucionaria alternativa.

¡Esta es la forma de mantener vivo el impulso del movimiento y responder a las tácticas de confusión y represión de los gobernantes!

Por lo tanto, la lucha debe continuar sin confiar en estos gobernantes, que avanzan constantemente. Ahora, estos gobernantes neocoloniales le dicen a diario al pueblo que Pakistán comete injusticias y no cumple sus promesas; cuando el depredador queda atrapado en la trampa, comienza a quejarse de la trampa misma.

Es necesario aprovechar la oportunidad que brinda su incoherencia. El pueblo no debe confiar en su autoridad, sino que debe involucrar a todos los actores del Estado —incluidos los representantes de las clases populares, los líderes obreros, la clase media (abogados, profesores, médicos, comerciantes, transportistas), los estudiantes y las mujeres— en la campaña por una Asamblea Constituyente revolucionaria que se encargue de redactar la constitución y lidere una asamblea revolucionaria por la independencia de Cachemira.

Este movimiento de Cachemira no es simplemente un malestar regional, sino parte de una lucha global contra la represión, el saqueo de los recursos de las naciones oprimidas, las políticas neoliberales, los privilegios de la élite política y el desempleo. Cuando se niegan las necesidades básicas y los privilegios se reservan para unos pocos, la resistencia es inevitable. La represión mediante el apagón y las balas hace imposible sofocar esta reacción, como se ve en la Cachemira administrada por Pakistán.

La crisis constitucional en la Cachemira administrada por Pakistán no es solo un asunto legal, sino una cuestión de poder. El Acuerdo de Karachi, la Ley de 1974 y las estructuras que los rodean son herramientas de dominación rechazadas por el pueblo. El pueblo ya no está dispuesto a ser un espectador pasivo; una solución revolucionaria no se logrará únicamente mediante reformas constitucionales o demandas. Por el contrario, la lucha activa de los trabajadores cachemires construirá una Cachemira democrática y socialista a través de la experiencia de una Asamblea Constituyente revolucionaria.

=====
=====

Tras el arresto: cómo el 5 de julio de 2026 cambió el equilibrio político en Cachemira

Resistencia masiva, represión estatal y la internacionalización de un movimiento democrático en Jammu y Cachemira, administrados por Pakistán

Cuando las autoridades pakistaníes arrestaron a Shaukat Nawaz Mir, miembro clave del Comité Conjunto de Acción Awami (JAAC), esperaban frenar el impulso de un movimiento que ya había soportado semanas de represión, arrestos e intimidación política. El cálculo era el de siempre: eliminar a los líderes, criminalizar a la organización, aislar al movimiento mediante un bloqueo informativo y agotar gradualmente a la población a través del miedo y las dificultades económicas. Durante décadas se han empleado métodos similares contra los movimientos democráticos en todo Pakistán. Sin embargo, en Jammu y Cachemira, administrada por Pakistán, la estrategia produjo un resultado muy diferente al que pretendía el Estado.

En lugar de retroceder, el movimiento entró en una nueva fase política.

A los pocos días de la detención de Mir, el Comité Conjunto de Acción Awami convocó a marchas masivas, manifestaciones y huelgas de cierre de negocios el 5 de julio de 2026 en todo el Jammu y Cachemira administrado por Pakistán. Al mismo tiempo, hizo un llamado a la diáspora cachemir para que organizara protestas de solidaridad, reuniones públicas y campañas de concientización dondequiera que vivieran comunidades cachemiras. Lo que comenzó como un movimiento regional ahora buscaba conscientemente convertirse en una campaña democrática internacional.

La importancia de este llamado se extendió más allá de la solidaridad simbólica. Reconocía una realidad política que se ha vuelto cada vez más importante en las últimas décadas: Cachemira ya no está políticamente confinada dentro de sus límites geográficos. Cientos de miles de cachemires viven y trabajan en Gran Bretaña, Europa, América del Norte y el Medio Oriente. Su contribución económica a través de las remesas, su influencia política dentro de las comunidades de la diáspora y su creciente participación en sindicatos, organizaciones de derechos humanos y movimientos democráticos los convierten en una parte indispensable del futuro político de Cachemira. Por lo tanto, el llamado de la JAAC representó un intento estratégico de romper el aislamiento del movimiento y dar a conocer los acontecimientos dentro de Cachemira a una audiencia internacional.

Sin embargo, dentro de Cachemira, el desafío inmediato era la supervivencia.

A principios de julio, muchos distritos habían sufrido semanas de disturbios. Las sentadas continuaban a pesar de las repetidas operaciones de las fuerzas de seguridad. Las restricciones a Internet habían limitado gravemente la

comunicación. Desplazarse entre distritos se volvía cada vez más difícil. Los informes de los participantes describían la escasez de alimentos, medicinas y combustible en varias zonas, mientras que las redes de transporte funcionaban solo de manera intermitente. Los mercados permanecían cerrados, las empresas estaban bajo una enorme presión y las familias comunes y corrientes cargaban con el peso de un enfrentamiento indefinido con el Estado.

Sin embargo, estas dificultades generaron una respuesta política notable.

En lugar de dispersarse, las comunidades se organizaron en torno a las sentadas. Las aldeas recolectaron alimentos para los manifestantes. Las familias compartieron los suministros disponibles. Los voluntarios establecieron redes informales de apoyo para quienes viajaban a los lugares de protesta. El movimiento dependía cada vez menos de las instituciones formales y más de la organización colectiva desarrollada desde abajo. Lo que surgió no fue simplemente una serie de manifestaciones, sino los primeros rasgos de una sociedad que aprendía a organizarse en condiciones de confrontación política sostenida.

Los acontecimientos del **5 de julio** demostraron que el movimiento se había vuelto mucho más amplio de lo que muchos observadores habían anticipado. En Rawalakot, Bagh, Muzaffarabad, Mirpur, Kotli, Bhimber, Neelam, Forward Kuhota, Sudnoti y numerosas ciudades y pueblos más pequeños, la gente respondió al llamado de la JAAC a pesar de los amplios despliegues de seguridad. En muchos lugares, los manifestantes se encontraron con bloqueos de carreteras y barricadas policiales erigidas para impedir que las marchas llegaran a los centros de los distritos. En lugar de abandonar las manifestaciones, los participantes encontraron rutas alternativas, retiraron los obstáculos o reorganizaron sus marchas. La capacidad del movimiento para adaptarse bajo presión reflejó una confianza creciente entre la gente común, que cada vez más se veía a sí misma no como espectadora, sino como participante activa en la configuración del futuro político de su sociedad.

Una de las características más llamativas de la movilización de julio fue su composición social.

El movimiento ya no estaba dominado por activistas políticos experimentados. Los trabajadores marchaban junto a los comerciantes, los estudiantes junto a los abogados, los jubilados junto a jóvenes que se manifestaban por primera vez. Participaron familias enteras. En muchas ciudades, las mujeres constituían una presencia visible y decidida al frente de las manifestaciones. Su participación desafió supuestos profundamente arraigados sobre el activismo político en una sociedad conservadora y transformó tanto la apariencia como el carácter del movimiento.

Las mujeres no solo estaban presentes; se convirtieron en organizadoras, oradoras y defensoras de las manifestaciones. En varias localidades se enfrentaron directamente a los cordones policiales, negándose a abandonar los lugares de protesta a pesar de la amenaza de arresto o del uso de la fuerza. Su presencia le dio al movimiento una mayor legitimidad social, al tiempo que animó a muchas familias que, de otra manera, podrían haberse mantenido indecisas a participar abiertamente.

Igualmente significativo fue el surgimiento de una nueva generación de jóvenes con confianza política.

Muchos nunca antes habían participado en actividades políticas organizadas. El movimiento mismo se convirtió en su educación política. Organizaron el transporte, coordinaron manifestaciones locales, difundieron información a pesar de las restricciones en Internet y asumieron responsabilidades que tradicionalmente recaían en activistas de más edad. Informes de numerosos distritos describían a jóvenes que se apresuraban hacia los lugares de protesta cada vez que se difundía la noticia de operaciones de las fuerzas de seguridad o de enfrentamientos. Su determinación reflejaba más que el entusiasmo juvenil. Expresaba una convicción creciente de que el resultado de la lucha determinaría no solo las condiciones actuales, sino también el futuro de su generación.

Esta nueva conciencia política se reflejaba cada vez más en las consignas que se escuchaban a lo largo de las manifestaciones. Un cántico resonaba repetidamente en ciudades y pueblos: **«Khoon Rang Layega, Inqilab Aayega»**. **«La sangre de los mártires dará fruto; la revolución llegará»**. Otra consigna, igualmente común, captaba la determinación de los manifestantes: **«¡Halla Bol! ¡Halla Bol!»**. **«¡Adelante con la lucha! ¡Sigan adelante!»**.

Ya fuera que se interpretaran de manera literal o simbólica, estas consignas revelaban un importante cambio político. Para muchos participantes, el movimiento ya no se entendía simplemente como una campaña en torno a demandas inmediatas. Representaba cada vez más una lucha más amplia por los derechos democráticos, el poder político y la relación entre el pueblo y el Estado. Esta evolución también generó nuevos desafíos.

Como suele ocurrir durante los movimientos sociales en rápida expansión, la energía de las bases en ocasiones avanzaba más rápido que la de algunos sectores de la dirección. Los participantes más jóvenes expresaban con frecuencia su impaciencia ante las negociaciones prolongadas que no producían resultados visibles, mientras que muchos argumentaban que el movimiento debía mantener una movilización pública continua hasta que se implementaran las demandas concretas. Estos debates no indicaban necesariamente debilidad. Por el contrario, reflejaban la creciente madurez

política de un movimiento cuyos participantes se consideraban cada vez más como tomadores de decisiones activos en lugar de simpatizantes pasivos.

El Estado, sin embargo, interpretó el movimiento en expansión de manera muy diferente.

Tras haber declarado ya a la JAAC como organización prohibida, las autoridades intensificaron sus esfuerzos por presentar al movimiento como una amenaza para el orden público y la seguridad nacional. Los funcionarios estatales y sectores de los medios de comunicación nacionales caracterizaron repetidamente a los líderes de la JAAC como agentes de intereses extranjeros, separatistas o individuos que buscaban desestabilizar a Pakistán. Las demandas del movimiento, enfrentadas a una movilización democrática a gran escala, quedaron con frecuencia eclipsadas por narrativas que enfatizaban las preocupaciones de seguridad y las acusaciones de influencia externa.

Tales narrativas no son únicas ni inusuales desde el punto de vista histórico. Los gobiernos suelen desviar el debate de las injusticias sociales hacia cuestiones de seguridad nacional, patriotismo y conspiraciones externas. Al presentar la disidencia política como deslealtad, las autoridades intentan aislar a los movimientos de la simpatía general del público y justificar medidas extraordinarias de represión.

Sin embargo, los acontecimientos de julio sugirieron que estas estrategias se estaban volviendo menos efectivas que en períodos anteriores.

A pesar de semanas de propaganda oficial, detenciones y restricciones, sectores significativos de la población continuaron participando en las manifestaciones. Incluso donde persistía la incertidumbre, particularmente fuera de Cachemira, la narrativa del Estado ya no gozaba de una autoridad incuestionable. La persistencia de las protestas indicaba que la experiencia vivida se había vuelto más influyente que la retórica oficial. Para miles de cachemires comunes y corrientes, la legitimidad del movimiento no derivaba de discursos políticos, sino de su propia participación en la acción colectiva.

Por lo tanto, la detención de Shaukat Nawaz Mir produjo el efecto contrario al deseado. En lugar de provocar parálisis, aceleró la transformación de un movimiento de protesta en una movilización popular más amplia. El 5 de julio no resolvió la crisis política, pero alteró fundamentalmente su carácter. El Estado aún podía desplegar la fuerza, realizar detenciones e imponer restricciones. Lo que ya no podía dar por sentado era que la represión por sí sola restablecería la normalidad política.

En cambio, surgió una nueva y más difícil pregunta tanto para el movimiento como para las autoridades: **¿qué sucede cuando una sociedad se niega a retroceder?**

La importancia del 5 de julio no radicó simplemente en el número de manifestaciones o en la extensión geográfica de las protestas. Su verdadera importancia radicó en poner al descubierto los límites de la represión estatal. Durante el mes anterior, las autoridades habían empleado casi todos los instrumentos a su alcance para contener el movimiento. Se había ilegalizado a la JAAC, se había arrestado a sus líderes, se había detenido a cientos de activistas, se había restringido severamente el acceso a Internet, se habían puesto las carreteras bajo fuerte seguridad y se había lanzado una campaña mediática sostenida para desacreditar al movimiento. Sin embargo, ninguna de estas medidas logró restablecer la normalidad política. Por el contrario, cada nuevo intento de reprimir el movimiento parecía avivar la ira pública y ampliar la participación.

Las manifestaciones del 5 de julio representaron, por lo tanto, algo más que otro día de protesta. Demostraron que la iniciativa política ya no estaba enteramente en manos del Estado.

Quizás el aspecto más notable del movimiento fue el surgimiento de las mujeres como una de sus fuerzas sociales más dinámicas. Si bien las mujeres habían participado en fases anteriores de la lucha, en julio se observó un nivel de participación sin precedentes. No se limitaron a asistir a los mítines; organizaron manifestaciones, se dirigieron a las concentraciones, mantuvieron campamentos de sentada y, en varias localidades, se colocaron en las primeras filas cuando la policía intentó dispersar a la multitud.

En toda la Cachemira administrada por Pakistán, las mujeres marcharon junto a los hombres en cantidades que sorprendieron incluso a los observadores políticos más experimentados. Según informes, en algunos enfrentamientos las mujeres se resistieron a los intentos de la policía de bloquear las manifestaciones, lanzando piedras en defensa propia cuando las fuerzas de seguridad avanzaban. Esas escenas reflejaban no solo valentía, sino una profunda transformación social. Un movimiento capaz de situar a las mujeres en el centro de la vida política adquiere una legitimidad y una resiliencia que la represión por sí sola no puede destruir fácilmente.

La participación de las mujeres también cambió el ambiente del propio movimiento. Las familias asistían cada vez más juntas a las manifestaciones. Las sentadas se convirtieron en espacios comunitarios en lugar de ser reuniones exclusivamente políticas. Madres, hijas y mujeres mayores compartieron tribunas con estudiantes, trabajadores y comerciantes. La lucha se presentaba cada vez más no como el proyecto de una sola organización política, sino como la expresión colectiva de la sociedad misma. Igualmente decisivo fue el papel de los jóvenes.

Todo movimiento de masas llega eventualmente a un punto en el que una nueva generación asume responsabilidades más allá de su edad. Cachemira

parece haber llegado precisamente a ese momento. Muchos de los jóvenes que lideraban los cánticos, organizaban el transporte, coordinaban las comunicaciones y defendían los lugares de protesta tenían poca experiencia política previa. Aprendieron a organizarse a través de la lucha misma.

Cada vez que surgían informes de que la policía avanzaba hacia una sentada o intentaba realizar detenciones, los jóvenes se desplazaban rápidamente hacia esas zonas. Entendían que la defensa de un lugar de protesta era la defensa del movimiento en su conjunto. Su confianza superaba con frecuencia a la de los activistas de más edad, muchos de quienes cargaban con recuerdos de derrotas y represión anteriores. La generación más joven, por el contrario, consideraba cada vez más que la retirada era imposible. Para ellos, el movimiento se había vuelto inseparable de su propio futuro.

Independientemente de la redacción exacta utilizada de una ciudad a otra, el mensaje político se mantuvo coherente. El movimiento se entendía cada vez más como una lucha por la dignidad democrática, la rendición de cuentas pública y la soberanía popular, más que como una mera campaña en torno a agravios individuales.

Las autoridades respondieron intensificando tanto la represión como la propaganda.

Las instituciones estatales continuaron presentando al JAAC como una amenaza para la seguridad nacional. Algunos sectores de los medios de comunicación describieron al movimiento como financiado desde el exterior, mientras que a líderes destacados se les tildó de «agentes indios», «separatistas » o personas que intentaban socavar la postura de Pakistán respecto a Cachemira. Las declaraciones oficiales enfatizaron repetidamente los sacrificios históricos de Pakistán por Cachemira y sugirieron que criticar la política estatal equivalía a deslealtad.

Tales acusaciones se han vuelto comunes en todo el sur de Asia. Los movimientos democráticos que exigen rendición de cuentas suelen ser presentados como amenazas a la seguridad, lo que permite a los gobiernos justificar medidas excepcionales al tiempo que evitan las cuestiones de fondo planteadas por los manifestantes. Sin embargo, esta estrategia depende de convencer a la sociedad de que la disidencia se origina fuera de ella y no dentro. Los acontecimientos de julio sugirieron que esos argumentos convencían a menos personas que antes.

A pesar de un bloqueo casi total de las comunicaciones, la información siguió circulando. Los jóvenes subían a las colinas circundantes en busca de señal de celular, cruzaban a zonas donde aún había acceso a Internet o recurrían a familiares fuera de Cachemira para que transmitieran videos, fotografías y relatos de testigos presenciales. Los medios de comunicación internacionales y

los miembros de la diáspora cachemir ayudaron a transmitir los acontecimientos a audiencias en el extranjero, rompiendo en parte el aislamiento impuesto por el bloqueo.

Esta red de comunicación informal se convirtió en una de las mayores fortalezas del movimiento. La tecnología moderna puede ser restringida , pero la determinación colectiva a menudo encuentra vías alternativas. Cada imagen que llegaba a Londres, Birmingham, Manchester, Oslo, Milán, Toronto o Nueva York debilitaba la eficacia de la estrategia de información del Estado. Mientras tanto, surgieron nuevas formas de organización local dentro de la propia Cachemira.

En varias zonas, los residentes establecieron puestos de control comunitarios diseñados para vigilar los movimientos de las fuerzas de seguridad y alertar a las aldeas vecinas cuando las operaciones de las fuerzas parecían inminentes. Los voluntarios organizaron la distribución de alimentos, la asistencia médica y el transporte para los manifestantes. En muchos distritos, los ciudadanos comunes —y no los políticos profesionales— se convirtieron en los organizadores prácticos de la resistencia.

Según se informa, el Estado intentó fomentar divisiones dentro de la sociedad movilizándolo a las élites políticas locales, a las redes progubernamentales y a personas influyentes en contra del movimiento. Sin embargo, estos esfuerzos solo tuvieron un éxito limitado. Cuanto más se agudizaba el enfrentamiento, más parecía que la gente común confiaba en su propia experiencia colectiva en lugar de en las garantías oficiales.

Otro acontecimiento político importante se relacionó con las **elecciones a la Asamblea Legislativa programadas para el 27 de julio**.

En numerosas ciudades, los manifestantes declararon públicamente que rechazarían las campañas electorales hasta que las demandas del movimiento recibieran una respuesta significativa. Algunas comunidades anunciaron que no recibirían a los candidatos en sus zonas mientras continuara la represión. Aunque no estaba claro si estas declaraciones podrían mantenerse a la larga, reflejaban una creciente crisis de legitimidad política. Cada vez más, sectores de la población cuestionaban no solo las políticas individuales, sino la credibilidad de las propias instituciones políticas existentes.

Durante décadas, los partidos políticos tradicionales han prometido reformas mientras operaban dentro de estructuras sobre las que ejercen solo una influencia limitada. El movimiento de julio puso de manifiesto la brecha cada vez mayor entre estos partidos tradicionales y una sociedad cada vez más movilizadora. A medida que las protestas se expandían, muchos líderes políticos establecidos tuvieron dificultades para mantenerse al día con las expectativas del público. Algunos llamaron al diálogo sin presentar propuestas concretas.

Otros criticaron la represión y, al mismo tiempo, instaron a los manifestantes a regresar a sus hogares. Tales posturas no satisfacían ni a las autoridades ni a los manifestantes. Esta tensión también era visible dentro del propio movimiento.

Las grandes movilizaciones populares generan inevitablemente debates estratégicos. ¿Deben continuar las manifestaciones indefinidamente? ¿Bajo qué condiciones deben iniciarse las negociaciones? ¿Se pueden asegurar los logros democráticos sin una organización política más amplia? ¿Qué relación debe existir entre la movilización espontánea y el liderazgo estructurado?

Estas preguntas cobraron cada vez más importancia a medida que continuaba el enfrentamiento. La determinación de los jóvenes inspiró al movimiento, pero también planteó desafíos prácticos. Mantener sentadas prolongadas requería alimentos, medicinas, recursos financieros y coordinación organizativa. Un movimiento capaz de movilizar una energía enorme debe, a la larga, enfrentar la cuestión igualmente importante de cómo se puede mantener esa energía a lo largo del tiempo.

Desde la perspectiva de las autoridades, el dilema político se volvió igualmente complejo.

Quedaban dos opciones generales disponibles. La primera era una negociación significativa basada en concesiones sustantivas capaces de restaurar la confianza pública. La segunda era una mayor escalada de la represión con la esperanza de agotar al movimiento mediante la fuerza. Ambas estrategias conllevaban riesgos significativos. Las concesiones podrían alentar demandas democráticas más amplias en toda la región, mientras que la represión intensificada corría el riesgo de generar mayor inestabilidad y, potencialmente, transformar enfrentamientos aislados en una crisis política más profunda.

Fue precisamente esta contradicción la que hizo que los acontecimientos de julio tuvieran importancia histórica. El Estado conservaba un poder institucional abrumador, pero su autoridad política parecía cada vez más cuestionada. El movimiento poseía una enorme energía moral y un apoyo público en expansión, pero aún enfrentaba cuestiones difíciles relacionadas con la organización, el liderazgo y la estrategia a largo plazo. Sin embargo, una realidad se había vuelto inequívocamente clara.

El movimiento de Cachemira ya no era una disputa local que pudiera contenerse discretamente tras puestos de control, cortes de Internet o comunicados oficiales de prensa. Se había convertido en parte de una lucha mucho más amplia por la democracia, la justicia social y la legitimidad política —una lucha que atraía cada vez más la atención mucho más allá de las montañas de Cachemira.

Si el 5 de julio transformó el equilibrio político dentro de Jammu y Cachemira, bajo administración de Pakistán, también marcó el inicio de una nueva etapa internacional de la lucha. Reconociendo que el bloqueo informativo del Estado tenía como objetivo no solo aislar al movimiento internamente, sino también ocultarlo del mundo exterior, el Comité de Acción Conjunto Awami hizo un llamado a los cachemires que vivían en el extranjero para que organizaran manifestaciones, reuniones públicas y campañas de solidaridad dondequiera que residieran. La respuesta fue inmediata.

En toda Gran Bretaña, Europa y América del Norte, miembros de la diáspora cachemir organizaron marchas, concentraciones y manifestaciones. Londres se convirtió en el centro de esta campaña internacional. Miles de personas marcharon por la capital hasta la Alta Comisión de Pakistán, exigiendo el fin de la represión, el restablecimiento de las libertades democráticas y un diálogo significativo con el movimiento. Se llevaron a cabo manifestaciones similares, aunque de menor escala, en otras ciudades británicas, así como en varios países europeos y en América del Norte. Las mujeres volvieron a desempeñar un papel particularmente destacado, lo que reflejó el carácter social cambiante del propio movimiento.

Durante décadas, la diáspora cachemir ha mantenido vínculos emocionales, culturales y económicos con su tierra natal. Durante la crisis de julio, estos vínculos adquirieron un nuevo significado político. Las comunidades de la diáspora hicieron más que protestar; se convirtieron en un canal vital a través del cual la información salía de Cachemira a pesar de las severas restricciones a la comunicación. Videos, relatos de testigos presenciales y fotografías que no podían circular libremente dentro de la región llegaron al mundo exterior a través de redes familiares, activistas y periodistas independientes. La cobertura de los medios internacionales, aunque limitada, cuestionó cada vez más la eficacia del intento del Estado de monopolizar la narrativa.

Tampoco debe subestimarse la dimensión económica. Cientos de miles de cachemires que viven en el extranjero envían remesas sustanciales a sus familias. Durante la crisis, muchos hablaron abiertamente de reducir o retrasar las transferencias como forma de protesta, mientras que otros redirigieron el apoyo financiero hacia las familias afectadas por el movimiento. Ya fuera que estas iniciativas fueran simbólicas o tuvieran importancia económica, demostraron que los acontecimientos dentro de Cachemira eran capaces de generar presión más allá de sus fronteras geográficas.

Esta internacionalización también alteró los cálculos políticos del Estado pakistaní. Las autoridades ya no se enfrentaban únicamente a manifestaciones dentro de Cachemira, sino a un movimiento capaz de atraer la atención de sindicatos, organizaciones de derechos humanos, partidos políticos progresistas y sectores de los medios internacionales. Una crisis que

inicialmente había parecido local comenzaba a ganar audiencia internacional. Sin embargo, la importancia del movimiento de julio va más allá de la propia Cachemira.

Se desarrolló en un momento en que ya se estaban gestando múltiples luchas sociales y democráticas en todo Pakistán. En **Baluchistán**, el movimiento liderado por el **Comité Baloch Yakjehti** siguió denunciando las desapariciones forzadas, la represión política y las restricciones a los derechos democráticos. El encarcelamiento de destacados activistas, entre ellos líderes asociados con el movimiento, se convirtió en un punto central para protestas más amplias. En **Khyber Pakhtunkhwa**, el PTM (**Movimiento Pushtoon Tahfiz**) siguió planteando preocupaciones sobre la militarización, la inseguridad, los desplazamientos y la protección de las libertades civiles. En todo el país, periodistas, abogados, estudiantes, sindicalistas y defensores de los derechos humanos enfrentaron una presión legal y política cada vez mayor. Los empleados del gobierno se movilizaron contra el deterioro de las condiciones laborales, mientras que los trabajadores se opusieron a la privatización, los recortes de personal y los ataques a los derechos laborales.

Estos acontecimientos no deben considerarse como sucesos aislados. Reflejan diferentes manifestaciones de una crisis política y social más amplia.

A lo largo de las últimas décadas, los sucesivos gobiernos —tanto civiles como militares— han aplicado políticas económicas centradas en la privatización, la austeridad fiscal y la liberalización del mercado. Se han debilitado los servicios públicos, se han reducido las protecciones laborales y se han abierto sectores estratégicos a los intereses privados y corporativos. Al mismo tiempo, el espacio democrático se ha reducido. Las restricciones a la libertad de expresión, de reunión y de asociación han acompañado cada vez más a la reestructuración neoliberal. Esta combinación de desigualdad económica y centralización política ha generado un descontento creciente en múltiples regiones y clases sociales.

Desde una perspectiva marxista, el movimiento de Cachemira no puede, por lo tanto, entenderse simplemente como una disputa regional. Es una expresión de una contradicción más amplia entre un orden político y económico que lucha por asegurar la legitimidad popular y una sociedad cada vez menos dispuesta a aceptar los costos que se le imponen.

Esto no significa automáticamente que toda la región —especialmente Pakistán— haya entrado en una situación revolucionaria. Tales conclusiones requieren un análisis cuidadoso más que entusiasmo político. La teoría marxista clásica distingue entre períodos de descontento social, crisis prerrevolucionarias y situaciones plenamente revolucionarias. Una situación revolucionaria implica, por lo general, una profunda crisis de la autoridad estatal, la incapacidad de la clase dominante existente para gobernar a su

manera tradicional y el surgimiento de una conciencia de la clase trabajadora de ejercer una forma alternativa de poder popular.

Pakistán aún no ha llegado a esa etapa.

Sin embargo, los acontecimientos ocurridos durante 2026 sugieren que los elementos comúnmente asociados con una **situación prerrevolucionaria** se están volviendo cada vez más visibles. La confianza en las instituciones políticas establecidas se ha debilitado. Las luchas sociales se están extendiendo por diferentes regiones y sectores. Los partidos tradicionales enfrentan dificultades crecientes para contener la ira pública. Las dificultades económicas continúan agravándose. Las medidas represivas reemplazan cada vez más al consenso político como principal medio de gobernanza. Estos son acontecimientos significativos, pero siguen siendo tendencias más que resultados históricos consumados.

La trayectoria futura dependerá no solo de las acciones del Estado, sino también de la capacidad política de los propios movimientos democráticos.

Los acontecimientos de julio revelaron tanto las enormes fortalezas como las limitaciones reales del movimiento de Cachemira. Su mayor fortaleza radica en su notable legitimidad popular. Ha reunido a trabajadores, estudiantes, comerciantes, mujeres, profesionales y comunidades rurales en torno a un programa ampliamente democrático. Ha demostrado un valor extraordinario en condiciones de represión sostenida. Ha demostrado una impresionante capacidad de autoorganización y apoyo mutuo.

Sin embargo, todo movimiento de masas termina enfrentándose a preguntas que no pueden responderse solo con valentía.

¿Cómo se debe transformar la movilización espontánea en una organización democrática duradera? ¿Cómo se puede preservar la unidad al tiempo que se fomenta el debate político abierto? ¿Bajo qué condiciones deben llevarse a cabo las negociaciones y qué garantías son necesarias para asegurar que se cumplan los acuerdos? ¿Cómo pueden las luchas locales conectarse con movimientos democráticos y sindicales más amplios sin perder su propia independencia política?

Estas son cuestiones estratégicas más que tácticas, y darán forma al futuro del movimiento mucho después de que haya pasado la confrontación inmediata.

Un acontecimiento importante durante la movilización de julio merece especial atención. Cada vez más, activistas de diferentes nacionalidades, regiones y tradiciones políticas reconocieron que las luchas aisladas son más fáciles de reprimir que las coordinadas. Esta comprensión ha fomentado el debate en torno a iniciativas como la **Caravana de Solidaridad Popular** —una plataforma destinada a fortalecer la solidaridad entre los movimientos que se resisten a la

represión, la explotación económica y las restricciones democráticas en toda la región.

La importancia de tales iniciativas no radica en las etiquetas organizativas, sino en los principios políticos. Cuando los trabajadores de Punjab apoyan los derechos democráticos en Cachemira, cuando los estudiantes de Sindh defienden a los presos políticos en Baluchistán, cuando los abogados de Islamabad se pronuncian contra los ataques a los periodistas y cuando los cachemires se solidarizan con movimientos de otros lugares, el Estado ya no puede aislar cada lucha dentro de sus propios límites geográficos. La solidaridad se convierte no solo en un gesto moral, sino en una forma práctica de resistencia política.

En última instancia, la lección central del 5 de julio no es que la represión haya terminado ni que la victoria sea inevitable. Ninguna de esas conclusiones estaría justificada. El Estado conserva recursos institucionales formidables y puede seguir recurriendo a la coacción. El propio movimiento enfrenta difíciles desafíos organizativos y políticos.

Pero hay un hecho que ya no se puede ignorar. El intento de silenciar a Cachemira mediante detenciones, prohibiciones, apagones e intimidación no ha restablecido la estabilidad política. Por el contrario, ha dado lugar a una generación con mayor conciencia política, más organizada y más decidida que antes. Un movimiento que antes se describía como local se ha convertido en parte de un debate más amplio sobre la democracia, la justicia social y la soberanía popular en toda la región.

El hecho de que las autoridades opten por la negociación o por una mayor represión determinará la siguiente fase de este conflicto. La capacidad del movimiento para transformar su notable valentía en una organización democrática duradera definirá su legado histórico.

Lo que ocurrió el **5 de julio de 2026** fue, por lo tanto, más que un día de protesta. Marcó el momento en que miles de personas comunes y corrientes demostraron que la legitimidad política no surge de decretos, prohibiciones o coacción, sino de la participación activa de la propia sociedad. Los acontecimientos de ese día no resolvieron la crisis política de Cachemira, pero aseguraron que ya no pudiera descartarse como una perturbación temporal. Revelaron una sociedad decidida a defender sus derechos democráticos y un movimiento cuya importancia ahora se extiende mucho más allá de las montañas donde comenzó.

La historia rara vez avanza en línea recta. A las victorias les siguen reveses, a los avances, retrocesos. Sin embargo, hay momentos que alteran de manera permanente la imaginación política de un pueblo. **Para muchos cachemires,**

el 5 de julio de 2026 parece destinado a convertirse en uno de esos momentos.

=====

=====